


# EL ARBOL DE LA REBELION

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION




# EL ARBOL DE LA REBELION

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

**CLARK CARRADOS**

# EL ÁRBOL DE LA REBELIÓN

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 297**

Publicación semanal.




# EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

*ISBN 84-02-02525-0*

*Depósito Legal B. 7.874 – 1976*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.a edición: abril, 1976*

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

# CAPITULO PRIMERO

Kirr corría.

Tenaz, incansable, desarrollando durante kilómetros y kilómetros la velocidad de un caballo al galope, sin que en su rostro apareciesen todavía las menores señales de fatiga.

Kirr estaba casi desnudo, a excepción de un brevísimo taparrabos, poco más que un cinturón y un trozo de tela. Su calzado eran unas simples suelas adheridas a las plantas de los pies por un procedimiento especial. Las suelas podían durar días y días, a menos que el propietario las humedeciese con un líquido especial, con lo que la separación se producía d inmediato.

De cuando en cuando, Kirr volvía la cabeza.

Sabía que era perseguido.

Y también sabía qué le sucedería si sus perseguidores le alcanzaban.

Los Dinls eran rápidos, pero él les aventajaba no sólo en velocidad, sino en resistencia.

Otro hombre cualquiera, habría caído exhausto al cabo de unos pocos kilómetros. Pero Kirr no era un hombre cualquiera.

Una vez volvió la cabeza. La montaña que había escalado días atrás y para alcanzar cuya cima había corrido tantos y tan gravísimos riesgos, era ahora un diminuto puntito en el llano horizonte.

Al volver la cabeza, Kirr se dio cuenta de que los Dinls de Zlan no habían abandonado la persecución..

Maquinalmente, se tocó la bolsita que pendía de su cuello por un cordón muy fuerte. La bolsita era impermeable y antitérmica. Podía resistir temperaturas de hasta 3.000º C.

Sus piernas, largas, musculosas, continuaban moviéndose rítmicamente.

Uno, dos, uno, dos…, uno, dos…

Y no aflojaba la velocidad.

De pronto, vio un anchuroso río.

Entre orilla y orilla había casi dos kilómetros. Kirr descendió la suave pendiente herbosa y galopó velozmente hacia la mansa corriente.

Había numerosos árboles y algunos de ellos eran frutales. Kirr no podía perder tiempo en alimentarse.

Consumiría sus propias reservas orgánicas. Sabía que más adelante, estaba la frontera del país de los Dinls, quienes no se atreverían a franquear la línea para continuar la persecución. Era imperativo alcanzar la frontera cuanto antes.

Corriendo meteóricamente, llegó al agua, saltó, se zambulló y volvió a emerger. Al nadar, su velocidad era escasamente menor que la de la carrera.

Una estela de blancas espumas quedó tras él. Los mil ochocientos metros que había de orilla a orilla, calculados con un ojo habituado a medir tiempos y distancias, sin instrumentos y con un máximo de exactitud, fueron recorridos en un tiempo de 5'24", lo que significaba una velocidad de 20 km/h.

Dieciocho segundos para los cien metros.

—No está mal —se dijo Kirr, mientras salía chorreando por la otra ribera.

Sin entretenerse, reanudó la marcha.

La frontera estaba ya a la vista. Era aquella cadena de cerros, cubiertos de frondosa y agradable vegetación, al otro lado de la cual jamás habían estado los Dinls.

Ahora su velocidad había aumentado y era de treinta kilómetros por hora. Diez minutos más y podría considerarse a salvo.

Entonces, cuando prácticamente tenía la frontera al alcance de la mano, los Dinls le cerraron el paso.

* * *

Eran quince o veinte, de una estatura media algo inferior a la suya, piel atezada y rostros serios y herméticos. Sus armas eran muy anticuadas, pero en sus rostros no se veía el menor signo de raza inferior.

Al contrario, eran hasta hermosos, pensó Kirr, tras detenerse en seco. Y todos eran jóvenes y robustos.

Estaban en fila delante de él, armados con aquellas larguísimas lanzas, de punta aserrada por un lado de la hoja y filo de navaja de afeitar por el otro lado. Las lanzas medían unos seis metros de longitud.

De pronto, las lanzas se pusieron horizontales.

Canturreando una monótona melopea, los Dinls iniciaron la marcha.

Kirr retrocedió lentamente. Mientras lo hacía inspiraba con determinado ritmo que sabía devolvería a sus músculos buena parte de las fuerzas consumidas durante la larga carrera.

Los Dinls aceleraron el paso. Kirr se detuvo.

De súbito, los Dinls emitieron un solo grito y selanzaron a la carga.

Las puntas de las lanzas convergían ya sobre el cuerpo de Kirr, cuando éste, de un salto prodigioso, se elevó a tres metros sobre las cabezas de sus atacantes, pasando al otro lado.

Sorprendidos, los Dinls continuaron su carga, antes de advertir que el atacado corría a toda velocidad hacia la colina.

Alguien emitió una orden. Los Dinls se detuvieron y giraron en redondo, con una maniobra de matemática precisión.

Veinte brazos se echaron hacia atrás. A la segunda orden, veinte larguísimas lanzas volaron por el aire.

Kirr se paró en seco. Las lanzas, silbando agudamente, pasaron rozando su cabeza y se hincaron en el suelo, a pocos pasos de distancia.

. Continuó corriendo. De pronto, se desvió en ángulo recto. Las lanzas formaban una fila casi perfecta.

Kirr descargó veinte golpes seguidos con el canto de la mano, con lo que los palos de Tas lanzas chasquearon y se partieron, quedando reducidas a venablos muy cortos.

Luego dobló a su derecha. De pronto, notó un terrible golpe en el costado.

Continuó la carrera. Algo silbó junto a su cabeza y procuró meterla entre los hombros.

Algo chocó contra su muslo derecho. Recibió otro golpe en el brazo izquierdo y se tambaleó.

Los Dinls aullaban de alegría. Kirr sabía que disparaban piedras contra él, mediante unas hondas de largo alcance.

Los proyectiles silbaban continuamente en torno a su cabeza. Uno le alcanzó en los riñones y le hizo gritar de dolor.

Su velocidad se había reducido muchísimo. Pero, tenaz e infatigable, seguía ascendiendo por la ladera, en busca de la seguridad del otro lado de la frontera.

El tobillo izquierdo le estalló de pronto en un ramalazo de dolor insufrible. Cayó, pero se incorporó en el acto. Cojeando, siguió adelante.

Estaba ya a pocos metros de la cima. Los gritos de los Dinls sonaban cada vez más cercanos.

No sabía cómo le habían cerrado el paso. Tal vez los primeros perseguidores se habían puesto en contacto con alguna banda situada en las inmediaciones de la frontera.

Pero si no tenían radio...

De pronto, alguien apareció ante sus ojos.

Kirr se aprestó a luchar la última batalla. Había intentado triunfar, allí donde decenas de hombres habían fracasado. El triunfo estaba ya al alcance de su mano, pero, en el último instante, se producía la derrota.

Pese a su casi inagotable resistencia, sus fuerzas estaban llegando ya al límite.

Los Dinls estaban a veinte metros escasos. Unos segundos más y...

Ella sonrió. Tenía en las manos un extraño aparato que puso horizontal.

Parecía una escopeta antigua, pero de cañón de grap calibre. El ,arma hizo unos ruidos extraños, como chasquidos o palmadas.

Kirr no sintió ningún dolor.

¿Así llegaba la muerte?, se preguntó.

Pero detrás de él sonaban agudos gritos que no eran de victoria. Volvió la cabeza.

Asombrado, vio que los Dinls caían rodando por la ladera, en medio de terribles alaridos de dolor. Algunos, los situados más a retaguardia, huyeron despavoridos.

Jadeante, casi sin aliento, Kirr miró a la mujer.

Ella sonrió.

—Ven —dijo.

* * *

Kirr se dejó caer en un arroyo situado al otro lado de las colinas. Durante largo rato permaneció sumergido en el agua, gozando de su frescura, á la vez que procuraba recobrar las fuerzas perdidas.

Más tarde salió. Ella aguardaba en pie, a poca distancia, hermosa, erguida como una diosa.

—Soy Svaia —dijo.

—Me llamo Kirr —contestó él.

—Has logrado una gran hazaña —sonrió Svaia.

—Gracias a ti. Estaba ya a punto de sucumbir...

Kirr miró el arma que yacía en el suelo.

—¿Qué es? —preguntó.

—Dispara proyectiles de aire comprimido a baja presión. Derriba al enemigo, pero no le mata.

—Oh, un arma muy eficaz.

—Lo es. Kirr, eres un hombre excepcional. Nunca había visto nada semejante.

—¿Qué quieres decir?

—Te he seguido, visualmente, claro, durante toda tu carrera. Ha sido algo fantástico, inconcebible. Por eso te he ayudado en el último instante.

Kirr miró a la joven. Era singularmente hermosa, de rostro atezado, ojos claros, pelo negro y figura escultural. Vestía una especie de traje de una sola pieza, de mangas y perneras cortas, de color amarillo pajizo. El «alzado consistía en unas botitas negras, con tacón de cuatro centímetros.

—No comprendo —dijo—. Tú deberías haber permitido que los Dinls me dieran alcance…

—Sé a qué fuiste a la Más-Alta-Montaña —contestó Svaia—. También sé que conseguiste triunfar, allí donde tantos valientes han dejado su cuerpo. Pero quiero que vuelvas vencedor a tu país.

—¿Puedes explicarme…?

—Te enviaron para buscar algo y lo has hallado. Entrégalo a quien te lo pidió. Cuando sepas por qué lo hizo, conocerás mis motivos.

—Me matas de curiosidad —sonrió Kirr.

—Hay cosas que uno debe averiguar por sí mismo. Quiero que esto te suceda a ti.

—Está bien, tendré paciencia. Pero deja que te diga que siempre me acordaré de ti, Svaia.

—Me olvidarás, aunque no me importa. De todos modos, siento curiosidad por saber una cosa.

—¿Sí?

—Hay muchísimos kilómetros desde aquí a la Más-Alta-Montaña. ¿Cómo es posible que hayas podido resistir semejante carrera, a tan

elevada velocidad y sin tomarte un solo instante de respiro?

—Me entrenaron casi desde niño. Fui educado especialmente para esta misión.

—Te eligieron...

—Una máquina seleccionó a los posibles candidatos. Yo fui el elegido para llevar a cabo la misión, regresar a mi país... y convertirme en su esposo.

—¿Es muy bella?

—Yo la veo hermosa. Sí, es bellísima. Tanto como tú, aunque con una belleza muy distinta.

—Y ahora será tu esposa.

—Sí, así lo dice la ley, sugerida por las computadoras.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Svaia.

—En tal caso, no me resta sino desearte una felicidad imperecedera —dijo.

—¿Te vas ya? —preguntó Kirr.

—Yo también he realizado una misión —contestó Svaia—. La he cumplido y debo separarme. Pero los peligros para ti no han pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Adiós, Kirr.

Svaia echó a andar. Algo impidió a Kirr seguirla. Era

10 —

una especie de sentimiento instintivo que le decía debía respetar su decisión de separarse de él.

Va estaba descansado. Reanudó la marcha. A una jornada de distancia, estaba la astronave que le devolvería a su país, Brudos.

* * *

Los Dinls no le molestarían ya, de modo que, al llegar la noche, se tendió en el suelo y durmió profundamente. AI amanecer, se puso en pie.

Comió algunas frutas. De pronto, vio a una mujer delante de él.

Era muy hermosa. Tenía el pelo claro, largo, suelto y una sonrisa hechicera en sus rojos labios.

—Hola —dijo.

Kirr la contempló, atónito.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? —preguntó.

—Me llamo Epphia —contestó ella—. Y no vengo de ninguna parte, porque estoy aquí.

Era una respuesta algo sibilina, que Kirr prefirió pasar por alto. Ella tenía el sol a la espalda. Tal vez lo había hecho a propósito.

Su indumentaria consistía en una especie de túnica, blanca, de tejido finísimo, casi transparente. Era la única prenda que llevaba y permitía adivinar un cuerpo de contornos esculturales.

—Estoy aquí —repitió Epphia—. En realidad, te esperaba.

—¿Me esperabas? —dijo Kirr, atónito.

—Sí.

Epphia avanzó hacia él, sin dejar de sonreír. De pronto, le echó los brazos al cuello.

—Esperaba a un hombre —dijo con voz ardiente.

Kirr percibió la calidez del esbelto cuerpo femenino y captó el ardor del aliento de Epphia, cuyos labios rozaban los suyos. Durante unos segundos, se sintió envuelto en un quemante fuego de pasión.

Pero, de pronto, notó una mano junto a su cuello.

«Los peligros no han pasado», recordó la frase de Svaia.

¿Era Epphia una aliada de los Dinls?

Súbitamente, la rechazó. Ella cayó rodando sobre la hierba.

Kirr arrancó a toda velocidad. Su mano derecha tocó la bolsita que pendía del cuello.

Estaba intacta. Debía llevarla intacta a Brudos.

Esa era su misión.

Detrás de él, Epphia gritaba horriblemente. Kirr ignoró sus gritos.

# CAPITULO II

Los guardias que había ante el colosal portón cruzaron sus lanzas apenas vieron que se acercaba el hombre.

Kirr se detuvo ante el ciclópeo edificio.

—¡Paso a Kirr! —dijo, orgulloso.

Las lanzas se apartaron. Eran armas decorativas. Para casos de conflicto serio, los guardias estaban equipados con pistolas disgregadoras.

El gran portón se abrió en dos hojas. Kirr avanzó unos pasos. El suelo se elevó inmediatamente.

Momentos después, se hallaba en una gran sala. Un hombre, de mediana edad, elegantemente vestido, salió a recibirle.

—Kirr, amigo, has vuelto —dijo.

El recién llegado se inclinó.

—Soy tu humilde servidor, Iros —manifestó.

La mano de Iros se apoyó en el hombro del joven.

—Lo has conseguido —dijo sonriendo—. Ven, te acompañaré a tus habitaciones particulares. Debes vestirte adecuadamente antes de verla.

—Gracias.

Mientras caminaban juntos, Iros dijo:

—Mañana serás mi señor. ¿No te sientes satisfecho, Kirr?

—He cumplido mi deber. Fui seleccionado y he realizado la misión que se me asignó. Aunque ahora alcanceun puesto muy encumbrado, nunca dejaré de ser tu amigo.

—A partir de mañana, ya no serás mi amigo. Un rey no puede tener amigos.

—La reina es ella.

—Pero tú serás su esposo. En realidad, ya lo eres.

Kirr se detuvo.

—¿Cómo? —exclamó.

—Lo dice la ley. Fuiste seleccionado, realizaste la misión y no se necesitan más trámites. Thanna y tú va sois marido y mujer.

—Yo creí... Pensé que habría una ceremonia especial...

Iros sonrió suavemente.

—Temo que será preciso instruirte en determinados aspectos de la política —contestó—. Pero eso no corre prisa. ¿Resultó peligrosa la misión?

Kirr pensó sin querer en la hermosa Svaia, en la seductora Epphia...

—No demasiado —contestó.

Momentos después, sumergía su cuerpo en una gran bañera. El agua, con sales relajantes, tonificó sus músculos y limpió su piel.

Al terminar, se vistió: blusa de mangas cortas, hasta las caderas, y pantalones. La blusa era blanca, con orlas doradas.

Iros aguardaba en la cámara.

—Estoy listo —anunció él.

—Vamos, señor.

Para Kirr, era un momento trascendental.

Todos conocían y amaban a Thanna, la reina de Bru-dos, pero sólo él había sido elegido.

Iros se detuvo ante una puerta de dimensiones corrientes. Tocó con los nudillos y esperó.

—¿Quién es? —sonó una voz de dulces entonaciones.

—Señora, Iros, con Kirr, que ya ha vuelto.

—Iros, di a mi esposo que entre.

—Sí, señora.

Iros se volvió y dirigió una sonrisa a Kirr.

—Buenas noches, señor —se despidió.

* * *

Deslumbrante de belleza, Thanna avanzó hacia el recién llegado y le puso ambas manos sobre los hombros. —Has regresado —dijo. —Sí, señora...

Ella rio argentinamente.

—Soy tu esposa, Kirr.

—Perdóname, todavía no puedo acostumbrarme a la idea...

—Fuiste elegido hace muchos años. Tu regreso ha confirmado el acierto de la elección.

—Gracias, Thanna.

—Gobernarás Brudos a mi lado. Tú serás el ejecutor de mis órdenes, aunque con plena autonomía. Por supuesto, yo aceptaré también tus consejos e indicaciones sobre la forma de mejor gobernar a nuestros planetas...

—¿Nuestros planetas? —se extrañó él—. Pero si sólo reinas en Brudos.

Thanna hizo aletear sus espesas pestañas.

—Eso es ahora. Más adelante... Ya hablaremos de este asunto cuando llegue el momento —contestó—. Kirr, dime, ¿me encuentras hermosa?

—La más hermosa de todas las mujeres de Brudos —exclamó él, hechizado por los ojos verdosos de la joven y su cuerpo de diosa.

Era cierto, se dijo. La suerte estaba de su lado. Las máquinas lo habían elegido, primero para la misión y ahora para esposo de Thanna.

¿Qué hombre podía compararse a él en Brudos?

«Ninguno», pensó.

—Subiste a la Más-Alta-Montaña —dijo Thanna de pronto.

—Sí.

—¿Fue peligroso?

—Un poco.

—Muchos, antes que tú, lo intentaron, pero nadie lo consiguió.

Kirr pensó en los esqueletos que había encontrado en su duro camino. Estaban muy bien conservados. Tal vez lo hacía el clima o acaso las bajas temperaturas que reinaban en la Más-Alta-Montaña, a partir de los cinco mil metros.

—Eso ya no tiene importancia —sonrió—. La ley dice que, para ser tu esposo, es preciso traer una flor que sólo crece en la cima de la Más-Alta-Montaña de Zlan. Yo he traído la flor.

Soltó el cordón del cuello y entregó la bolsa a Thanna. Ella la tomó, con ambas manos, mientras sus ojos relucían de un modo especial.

—Por fin —murmuró.

La bolsa estaba provista de un mecanismo especial, que sólo funcionaba al contacto con los dedos de Thanna. Ella abrió la bolsa y extrajo la flor contenida en su interior.

Los pétalos, que Kirr había visto en la cumbre rojos, brillantes, llenos de vida, aparecían ahora negros, resecos..., pero ello no pareció importar a la joven. Con todo cuidado, Thanna separó los pétalos, dejándolos caer al suelo, y quedó con el pedúnculo que había sostenido la corola. En el centro había una bolita muy brillante, de color rojo oscuro. Kirr supuso que aquella bolita contenía las semillas de la flor.

—Dame esa copa —pidió ella.

Kirr obedeció. Enormemente sorprendido, vio que Thanna se ponía la bolita en la boca y la ingería con ayuda de un par de sorbos de agua.

—¿Por qué haces eso? —preguntó.

Ella le tomó de una mano.

—Ven —dijo—. Es hora de que lo sepas.

Thanna le condujo hasta un gran diván.

—Esa semilla que he ingerido causará en mí efectos prodigiosos —dijo, después de haberse sentado—. No sólo conseguiré una clarividencia casi absoluta, sino que podré dominar las mentes de los demás, de todos, quienesquiera que sean y dondequiera que estén. Esa flor me dará el poder total, absoluto, omnipotente… y de este modo, todos los planetas del sistema nos pertenecerán.

* * *

Kirr se quedó estupefacto al oír aquellas palabras. Durante unos momentos, se sintió incapaz de reaccionar.

Thanna estaba sentada a su lado, con el cuerpo pegado al suyo. Kirr podía sentir el suave calorcillo que emanaba de aquel cuerpo escultural. El rostro de Thanna quedaba a cortísima distancia del suyo.

De pronto, notó algo en aquel rostro.

Thanna parecía una jovencita de poco más de veinte años.En aquel instante, creyó ver un siglo en sus facciones.

Y, sin embargo, su figura…

Las ropas que ella vestía eran muy livianas, de finísimo tejido, y permitían entrever unas formas de perfectos contornos. Pero aquellos ojos brillantes tenían muchos años…

—Sí, el sistema será nuestro —insistió ella.

—Y tú dominarás mi mente.

—La mente de los otros. La tuya… seguirá siendo tuya.

—Conquistarás Zlan.

—¡Todos los planetas! ¡Ahora puedo hacerlo!

De pronto, Thanna le atrajo hacia sí. Buscaba ardientemente sus labios.

Pero Kirr no sentía ya la menor atracción hacia aquella mujer. Era de suponer que ella había dicho la verdad, que la flor que sólo crecía en la cumbre de la Más-Alta-Montaña le daría clarividencia y poder absoluto sobre las mentes de los demás.

Lo cual representaría un despotismo increíble, absoluto...

—¡Kirr! —exclamó ella—. ¿En qué piensas? ¿No te gusto? —exclamó Thanna, levemente irritada.

De pronto, Kirr se puso en pie.

—No quiero ser tu esposo —dijo.

Thanna se levantó de un salto.

—¡Estás loco! —gritó.

—Todo lo contrario. Hasta ahora, estaba loco. En este momento, acabo de recobrar mi cordura.

—Pero, Kirr...

—Eres muy hermosa. Puedes buscarte otro esposo. ¡Adiós!

Kirr dio media vuelta y caminó hacia la puerta de la cámara nupcial.

—¡Quédate, te lo ordeno! —gritó Thanna.

Kirr siguió andando.

—¡Quieto ahí!

La mano de Kirr asió el tirador. Algo tanteó su mente, pero no logró penetrar en lo profundo.

Abrió y cerró de un portazo.

Sí, ahora comprendía las palabras de Svaia.

Ahora entendía los motivos por los cuales había sido enviado a Zlan.

Thanna le había engañado.

¿Sólo ella?

Atravesó varias antecámaras. Los soldados de guardia se ponían rígidos a su paso.

Momentos después, abría una puerta.

Iros estaba en compañía de una hermosa mujer, de la que se, separó rápidamente.

—Kirr, ¿no podías llamar antes de...?

Ella corrió a esconderse detrás de un biombo. Iros escrutó el rostro del joven y vio algo extraño en él.

—Es tu noche nupcial —dijo—. ¿No te agrada la novia?

—Iros, ¿era Thanna la recompensa?

—Pues... las máquinas te eligieron... Y eso fue hace muchos años ya, de modo que no hay duda...

—Tú conocías los efectos de la flor de la Más-Alta-Montaña de Zlan.

Iros sonrió de un modo raro.

—Es una lástima que esa flor crezca solamente en aquella montaña y en su cumbre —dijo.

—Thanna ha tomado ya la dosis adecuada. ¿Quién traerá la que tú necesitas?

—Kirr, por favor, no me creas tan...

—De ti creo ahora muchas cosas y ninguna buena. Bien, fui a Zlan y traje la flor, pero renuncio a la recompensa. Cuando te canses de esa zorra, puedes ir a las habitaciones de Thanna.

Detrás del biombo se oyó un gritito de rabia. Kirr giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

Momentos más tarde, salía del palacio. A través de las calles de la ciudad-capital de Brudos, corrió en busca de cierto refugio que sabía encontraría indefectiblemente.

* * *

El hombre contaba unos sesenta años, pero su pelo no tenía una sola cana. Puso rojo vino en una copa de metal y se la entregó a su atribulado visitante.

—Anda, bebe, te sentará bien —dijo Sjinn.

Kirr tomó un sorbo.

—Nunca creí...

—Estás decepcionado y te comprendo —murmuró Sjinn con acento afectuoso—. Si hubieras venido a mí antes de ir a Zlan...

—Pero ¿quién iba a imaginarse una cosa semejante? Yo pensé que el viaje a Zlan era una especie de prueba final de mi período de educación. Sí, sabía que debía entregar la flor personalmente a Thanna y que recibiría una altísima recompensa, pero nunca sospeché los verdaderos motivos de la misión.

—La has cumplido y eso es lo malo, aunque ya no sepueden evitar sus consecuencias. Todo lo más, pueden imitarse.

—Te sientes pesimista, Sjinn —dijo Kirr.

—Sí, al fin, Thanna ha conseguido lo que buscó durante tantos años. Pero no sólo clarividencia y poder sobre las mentes ajenas, sino también juventud eterna.

Kirr miró asombrado al anfitrión.

—¡Sjinn! —exclamó.

—Como lo oyes. Esa es otra de las virtudes de la flor que le has traído de Zlan.

—Pero ¿cómo lo sabes...?

—Siéntate y escucha, por favor.

Kirr obedeció. Sjinn habló durante largo rato, sin que Kirr se atreviese a interrumpirlo un solo instante.

—Pero eso... parece increíble...

—Es la pura verdad, Kirr —afirmó Sjinn.

—¿Y no hay forma de evitarlo?

Sjinn meneó la cabeza.

—Soy todavía joven, pero mucho más viejo que tú. Más de una vez he buscado una solución para, este problema, pero jamás la he encontrado. Quizá —añadió sonriendo—, es que soy un poco rutinario y no sé encontrar soluciones nuevas a un problema viejo, a pesar de haberlo intentado.

—¡Yo encontraré la solución! —exclamó Kirr con gran vehemencia.

—Sí, aunque habrás de permitirme un consejo...

—Desde luego.

—No busques la solución en Brudos.

—¿Dónde, pues?

—En Zlan.

—¿Zlan?

—Sí. Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades que ése sea el primer planeta que Thanna intente conquistar. Pero si piensas actuar en contra de tu esposa...

—¡Yo no considero a Thanna como mi mujer!

Sjinn sonrió.

—Muchos dirían todo lo contrario, si pudieran, claro. Pero ve allí, a Zlan, y antes de que sea demasiado tarde.

Kirr se puso en pie.

—Me marcharé ahora mismo —dijo.

—Aprovecha el tiempo. Según mis noticias, los plenos efectos de esa flor tardan en producirse unas veinticuatro horas.

De pronto, llamaron a la puerta.

# CAPITULO III

Kirr volvió la cabeza instintivamente.

—¿Esperas alguna visita? —preguntó.

—No —respondió Sjinn.

Una voz bronca sonó en el exterior:

—¡Abrid!

Sjinn puso una mano sobre el hombro del joven.

—Alguien se ha imaginado que podías estar aquí —dijo.

—¿Iros?

—Seguramente. Vamos, sal...

—¿Por la puerta?

—No hay otro sitio. Y tú puedes escapar, Kirr.

—¡Abrid o echamos la puerta abajo! —gritó el mismo que había hablado antes.

Sjinn se acercó a la puerta.

—Huye en cuanto abra. Tu entrenamiento tiene que servirte de algo —dijo.

—Pero tú...

—Recuerda lo que te he contado. Alguien tenía que hacerlo. Sin que lo supieran, las máquinas te han elegido a ti.

Alguien golpeó la puerta con algo fuerte y pesado.

— ¡Un momento, un momento! —gritó Sjinn—. Ya voy...

Miró al joven y sonrió.

—Suerte —le deseó en voz baja.

Y abrió.

Kirr saltó hacia adelante con indescriptible potencia. Largos años de entrenamiento, iniciados apenas supo andar, dieron fruto en aquellos críticos momentos.

Los soldados de la patrulla fueron sorprendidos porla tremenda arrancada del hombre a quien habían ido a buscar. Aun advertidos de lo que podía pasar, no supieron reaccionar con la presteza necesaria y fueron apartados y proyectados a los lados, con una violencia que ninguno de ellos había conocido jamás.

Se oyeron gritos de dolor. Algunos de los soldados resultaron con miembros fracturados o descalabrados en la caída. Otros, reaccionando, trataron de alcanzar al fugitivo con sus pistolas disgregadoras.

La calle, si no amplia, era recta. Kirr había sido entrenado también para correr a enorme velocidad en distancias cortas.

Sus piernas apenas se podían ver, debido a la rapidez con que se movían. Corriendo a más de sesenta kilómetros por hora, dobló la esquina del final de la calle y desapareció de la vista de los sorprendidos soldados.

Mientras corría, ovó un par de chasquidos. Un día, se propuso, vengaría la muerte de Sjinn, un hombre bueno y honesto, que se había sacrificado para que él pudiera salvarse y pudiera luchar contra los siniestros planes de Thanna y su primer ministro Iros.

* * *

Al hallarse fuera de la vista, de los guardias, redujo la velocidad, aunque siguió corriendo, con el mismo ritmo que lo hacía al huir de los Dinls. Sjinn le había aconsejado volver a Zlan, en donde encontraría la solución para aquel problema. Tenía que conseguirlo.

Media hora más tarde, avisto el astropuerto.

El recinto estaba circundado por una recia valla de alambre, sostenida por gruesas columnas de metal. Kirr no se molestó en buscar la puerta, a la que, seguramente, habría llegado ya la alarma.

Simplemente, se lanzó contra la valla y la perforó como si hubiera sido de papel.

Una sirena aulló. Kirr alcanzó su nave y se metió en ella de cabeza. Segundos después, el aparato despegaba como una centella.

En pocos minutos, se halló en el espacio. De pronto, vio ante él un terrible fogonazo.

Conectó el radar, cosa que se le había olvidado, y presionó la tecla que ponía en funcionamiento el mecanismo de evasión automática. Instantes después, el aparato eludió el estallido de un segundo torpedo.

Durante unos minutos, la nave zigzagueó por el espacio, esquivando los proyectiles que Te disparaban continuamente desde tierra. La negrura del firmamento se vio quebrada por el incesante relampagueo de las explosiones.

Al fin, la nave alcanzó una velocidad superior a la de los torpedos que podían ser disparados desde el suelo. Kirr lo supo por las indicaciones del radar. Todavía le dispararon algunos proyectiles, pero las explosiones se producían ya a miles de kilómetros a retaguardia.

De pronto, centelleó una luz en el cuadro de mandos.

Kirr tocó una tecla. El rostro de Thanna apareció inmediatamente en una pantalla.

—Has conseguido escapar —dijo ella.

—Tú me engañaste...

—Eres el hombre adecuado. Debías haber continuado junto a mí.

—No a ese precio, Thanna. Las máquinas se equivocaron conmigo.

—Sí, ya lo veo...

—Soy un hombre, un ser humano y quiero vivir como tal. Espero que lo comprendas.

—Puedo comprenderlo, pero no estoy de acuerdo con tus pensamientos. Kirr, voy a darte una última oportunidad.

—Habla.

—Sé que vas a Zlan. Escucha bien: te dejaré marchar libre y no te perseguiré jamás, si abandonas tus propósitos.

—Nunca, Thanna.

—Entonces, tendrás que apechugar con las consecuencias.

—Estoy dispuesto —declaró él.

—No habrá piedad para ti, Kirr Shi-Urbdin.

Kirr sintió cierta extrañeza al oír su apellido, cosa que hacía tiempo no sucedía. Pero se recobró en el acto.

—Al marcharme de Brudos, asumo todos los riesgos y todas las consecuencias —respondió.

—Está bien. No hablaremos más, salvo para decirte que Sjinn ha muerto.

—Se sacrificó por mí.

—Era un tonto —dijo ella despectivamente.

—Como quieras. Pero debes saber una cosa: Sjinn me lo contó todo.

El hermoso "rostro de Thanna se deformó en una mueca de rabia indescriptible. Una horrible imprecación brotó de sus labios.

Durante unos segundos, Kirr creyó tener ante sus ojos la cara de una mujer viejísima. Pero aquello fue una simple ilusión, desaparecida bien pronto.

—Adiós, Thanna —se despidió.

La pantalla se apagó. Kirr tocó una palanca y el asiento se convirtió en un cómodo lecho.

Los mecanismos de guía de la astronave estaban en «Automático». Y la órbita programada terminaba en Zlan.

La nave se posó suavemente en el suelo. Kirr abrió la escotilla y saltó fuera.

Ahora iba algo más vestido que en la ocasión anterior. A la espalda llevaba una mochila con los elementos necesarios para su supervivencia.

Echó a andar. Cuando había recorrido mil metros, oyó una sorda explosión.

Volvió la cabeza. La nave estaba envuelta en fuego. Una columna de espeso humo negro subía a lo alto.

Aquello era como cortar todos los puentes, romper todas las ligaduras con el pasado. Veinticinco años de incesante entrenamiento terminaban en aquel punto.

Giró sobre sus talones. Ya no volvería a mirar hacia atrás.

Caminó a paso normal durante varias horas. Al llegar la noche, tomó una tableta alimenticia, se tendió en el suelo y cerró los ojos.

Al despertar, por la mañana, notó que algo presionaba suavemente sobré su pecho.

Instantes después, sentía que se le contraía el estómago. Si el Dinl apretaba, la lanza le clavaría al suelo.

—Eres, el hombre que robó la flor de la Más-Alta-Montaña —dijo el Dinl.

—Sí. Me llamo Kirr.

—Yo soy Neghosf, jefe del pueblo de los Dinls. Lo que has hecho hirió nuestro orgullo.

—¿Sólo porque corría más que vosotros?

—Ya te habíamos alcanzado. Ella te salvó.

—Siento lo ocurrido, pero yo vine aquí engañado. Neghosf, quisiera hablar contigo.

De pronto, Kirr observó que había un círculo de Dinls a unos veinte pasos de distancia. Todos aquellos guerreros, permanecían inmóviles, con la mano en su lanza respectiva.

—Estoy dispuesto a morir, pero no me mates sin antes haberme escuchado— insistió.

Neghosf se retiró un par de pasos.

—Levántate —dijo.

Kirr se puso en pie.

—Aunque no me creas, he venido a preveniros. Thanna, reina de Brudos, está dispuesta a mataros. Zlan es el primer planeta que piensa conquistar.

Neghosf sonrió de un modo especial.

—¿Crees que tememos a los brudorianos? —exclamó—. Sí, conocemos sus armas poderosas, pero no son invencibles.

—Ahora pueden serlo, Neghosf.

—¿Cómo? ¿Destruyendo el planeta de un solo proyectil? ¿De qué les serviría, entonces, un poco de polvillo cósmico?

—Ella no quiere destruir Zlan, lo que quiere es conquistarlo.

—Se lo impediremos. Sabemos guerrear cuando es necesario.

—¿De qué sirven el valor y la experiencia, cuando el enemigo puede adivinar el pensamiento de su adversario e incluso reducirle a la impotencia con sólo desearlo?

Neghosf se quedó atónito.

—¿Qué historia me cuentas? —dijo de mal humor.

—Es la verdad —aseguró el joven.

—Óyeme bien; tú viniste aquí desde otro planeta ypenetraste en un territorio que no era el tuyo, para robar algo que nos pertenece...

—Jamás habéis estado en la cumbre de la Más-Alta-Montaña.

—Aunque así sea, todo lo que hay en este país es nuestro y nadie puede llevarse una brizna de hierba sin nuestro permiso. Por tanto, como has quebrantado esa ley, debes morir.

—¡Espera, Neghosf! —gritó Kirr desesperadamente—. Te he hablado con la verdad. Thanna quiere invadir el planeta...

—¡Basta, no te creo!

El brazo de Neghosf se echó hacia atrás. Kirr se dio cuenta de que toda su potencia y agilidad no le servirían para nada.

De pronto, se oyó una voz:

—¡Kirr ha dicho la verdad!

* * *

La punta de la lanza se bajó y tocó la hierba. Neghosf volvió ligeramente la cabeza.

Kirr se puso rígido. Parada sobre una loma cercana, a menos de cien pasos, se veía la esbelta silueta de Svaia.

Los Dinls permanecían inmóviles, quietos en sus puestos. Al cabo de unos instantes, Svaia descendió por la ladera, atravesó el círculo y se situó junto a Kirr y frente a Neghosf.

—Es un hombre sincero. Os ha hablado con la verdad en la boca —insistió.

—Y quiero ayudaros —agregó Kirr.

Neghosf vaciló.

—Pero robó una flor…

—Entonces, yo ignoraba los motivos por los cuales había sido enviado aquí —dijo el joven—. Simplemente, creí que se trataba de una prueba final de mi entrenamiento. Nunca pude imaginar el auténtico objetivo de esa misión.

—Lo has averiguado al fin —sonrió Svaia.

—Sí. Ella me lo dijo. Pero tú, ¿cómo sabías…?

—Luego hablaremos. Neghosf —dijo la joven—, yo también combatí contra tus guerreros, pero ninguno de ellos murió. Y podía haberlos matado sin la menor dificultad. ¿No es eso una prueba de mis buenas intenciones?

—Yo no veo por ninguna parte…

—Era preciso que Kirr volviese a Brudos y se enterase de la verdad. Al saberlo, volvería aquí a ayudaros.

De pronto, Neghosf dijo:

—Vamos a hacer una cosa. Estableceremos una tregua a partir de ahora. Alguien, aunque no esté a la vista, os vigilara continuamente. Cuando me cerciore de vuestras intenciones, tomaré una decisión, en un sentido u otro.

Svaia inclinó la cabeza.

—Aceptarerrios tu decisión, sea cual fuere, cuando lo estimes oportuno —respondió.

Neghosf alzó su lanza y emitió un penetrante grito. Minutos después, Kirr y Svaia quedaban a solas.

Kirr lanzó un profundo suspiro.

—Has llegado a tiempo, Svaia —dijo.

Ella alargó una mano.

—Ven —sonrió.

# CAPITULO IV

La corriente de agua se deslizaba mansamente a poca distancia. Sentado al píe de un árbol, Kirr contemplaba a la joven, tendida de pechos frente a él y apoyada en los codos.

—A Thanna no le quedaba otro remedio que acudir al recurso de la flor de la Más-Alta-Montaña —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Kirr.

—Temo que no conoces toda la verdad. ¿Sabes cuántos años tiene Thanna?

—Oh, unos veinticinco, veintiséis todo lo más...

—Añade doscientos, Kirr.

El joven respingó.

—¡Por los mil espíritus infernales...!

Y, de pronto, recordó la conversación sostenida con Thanna, una vez hubo conseguido saltar al espacio. En determinado momento del diálogo, ella le había parecido una mujer viejísima.

—Habla, Svaia, te lo suplico.

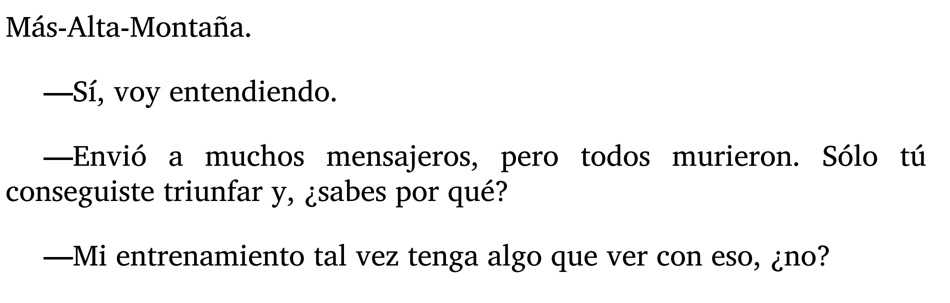
—Thanna fue siempre una mujer terriblemente ambiciosa. Nunca se resignó a la idea de perder un día la juventud y la belleza. Cuando alcanza una edad determinada, hace trasplantar su cerebro al cuerpo de una joven.

Kirr abrió los ojos.

—¿E... es eso cierto?

Svaia asintió.

—Yo debía ser la próxima joven que le entregase su cuerpo, pero escapé de Brudos hace años —dijo—. Por otra parte, sé que Thanna ya no podía resistir más trasplantes. El mío hubiera sido el último y aun eso no es seguro del todo. Pero en doscientos veintiséis años, tuvotiempo de enterarse de las virtudes de la flor que sólo crece en la



Más-Alta-Montaña.

—Sí, voy entendiendo.

—Envió a muchos mensajeros, pero todos murieron. Sólo tú conseguiste triunfar y, ¿sabes por qué?

—Mi entrenamiento tal vez tenga algo que ver con eso, ¿no?

—Exacto. Thanna se dio cuenta de que no podía seguir enviando a hombres normales, aunque fuesen muy robustos, valerosos e inteligentes. Tenía que enviar a una especie de superhombre que superase todos los peligros.

—Yo —dijo él.

—En efecto. El tiempo, en cierto modo, no le importa. Por tanto, las computadoras empezaron a buscar al hombre adecuado, desde hace casi treinta años.

—Y me encontraron a mí.

—Sí. Las pruebas dijeron, sin lugar a dudas, que tú llegarías un día a ser el hombre indicado. Por eso tus entrenamientos empezaron cuando apenas sabías andar. Y, naturalmente, conseguiste la flor.

Kirr entornó los ojos.

—Sabes muchas cosas, Svaia —comentó.

Ella sonrió levemente.

—Tengo motivos para ello. Soy la hija de tu preceptor —manifestó.

—Sjinn nunca me habló...

—No te lo dijo, ¿verdad? Probablemente, pensó que era lo más conveniente. Pero ni siquiera su cargo le libró de que un día fuese yo la elegida para prestar mi cuerpo a Thanna. Entonces, me hizo escapar a Zlan.

—Svaia, si tu padre sabía lo que hacía Thanna, ¿por qué no trató de impedirlo?

—¿Crees que era tan fácil? ¿Qué te enseñó mi padre?

—Pues... matemáticas y cosas así...

—Pero jamás nada referente a la fuerza física.

—No, nunca.

—¿Lo ves? Él no tenía contacto con los hombres fieles a Iros, los cirujanos que, periódicamente, preparaban el cuerpo de una mujer joven para Thanna. ¿O es que no te das cuenta de que Thanna, con el tiempo,no ha adquirido la suficiente experiencia como para impedir todo cuanto pueda contrariar su voluntad?

Kirr hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, pero las máquinas fallaron en algo —dijo.

—Tenían que fallar. Buscaban una solución mecánica a un problema puramente humano.

—Es cierto. Pero dime, Svaia, ¿cómo es que Thanna se conserva siempre con el mismo rostro?

—¿No has oído hablar de la cirugía estética? Mírame bien, Kirr. Un médico medianamente competente podría arreglar mi rostro con la mayor facilidad del mundo y dejarlo exactamente igual al de Thanna. Lo que ya no puede hacer ningún médico es rejuvenecer su cerebro. Por eso recurrió al único medio que le permitiría seguir como es durante cientos de años, porque su cerebro tal vez no envejecía fisiológicamente, debido al continuo aporte de células frescas, pero sí mentalmente. Y el fruto de la flor de la Más-Alta-Montaña le permitiría, le ha permitido, en realidad, conseguir sus propósitos con toda facilidad y sin riesgo alguno.

—Sí, el que padeció esos riesgos fui yo —convino Kirr melancólicamente—. Y pensar que hubo un tiempo en que me sentí orgulloso de ser el elegido…

—No lo lamentes —dijo Svaia dulcemente—. Estoy segura de que ahora te sientes mucho mejor.

—Indudablemente. Pero hay algo que me preocupa. ¿Cómo y cuándo atacará Thanna?

—Mi padre, que la conocía bien, sostenía la teoría de que se producirían varios ataques, sucesivos, inesperados y todos distintos. Muchos de esos ataques serían rechazados, pero, inevitablemente, llegaría el momento de la derrota final. A menos que…

—¿Sí, Svaia?

—A menos que hubiera alguien capaz de rechazar todos, todos los ataques de Thanna, hasta que ésta desistiera o fuese derrotada.

—¿Sabía tu padre también quién podía ser esa persona?

—Sí —respondió ella—. Tú, Kirr.

Svaia hizo una corta pausa.

—Mi padre también intervenía en la preparación yexamen de los resultados de tus pruebas, sometidos a las computadoras. No sólo buscó al hombre capaz de ser el esposo de Thanna y de llegar a la Más-Alta-Montaña y regresar victorioso, cosa que realizó en unión de otros científicos, sino que se preocupó de buscar al hombre que podría deshacer los planes de conquista de esa ambiciosa mujer. Esto, claro, lo hizo a solas y en secreto.

—Y las máquinas dijeron que era yo.

—Exacto, Kirr.

—Pero las máquinas no pudieron prever mis reacciones.

—Porque actuaban sobre coordenadas y vectores puramente mecánicos, olvidándose del factor puramente humano. Cuando mi padre hizo su trabajo a solas, se preocupó de utilizar todos los factores: mecánicos, físicos y psíquicos. Puede que fracases,, puede que ella triunfe; pero, de este modo, las posibilidades de error son mínimas.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Svaia se puso en pie, erguida, esbelta como una diosa.

—Tengo que irme —dijo.

Kirr se levantó de un salto.

—¿Vas a dejarme solo? —exclamó.

Ella sonreía.

—Es probable que el primer ataque sea realizado por una sola persona —contestó—. Por tanto, debes actuar sin ayuda de ninguna clase. Ya nos veremos, Kirr —se despidió definitivamente.

* * *

Durante algunos días, Kirr vagó completamente solo.

Sentíase desconcertado.

¿Cómo podía saber Svaia tantas cosas?

Ciertamente, no cabía dudar de su palabra, pero muchas de ellas encerraban enigmas que no se sentía capaz de descifrar por el momento. Tendría que esperar el momento de la acción... y no sabía cómo ni cuándo ni quién desencadenaría el primer ataque.

Sólo tenía certeza de una cosa: él sería el primerobjetivo de. los atacantes y tendría que defenderse, luchar fieramente, matar...

«Sobrevivir a cualquier precio», se dijo.

Cuando apenas llevaba una semanas en el planeta, Kirr se encontró con un sujeto gigantesco.

El hombre vestía las pieles propias de Sukhu-Dihn, el noveno planeta del sistema. Perplejo, Kirr se preguntó qué hacía un hombre de aquel planeta en Zlan.

Era un verdadero gigante. Medía más de dos metros y medio y pesaba alrededor de ciento cincuenta kilos. Lo sorprendente era que llevaba una de las largas lanzas propias de los Dinls.

Los dos hombres se contemplaron recíprocamente durante algunos segundos. Luego, el gigante dijo:

—Tengo que matarte, Kirr.

—Ah, me conoces —exclamó el joven.

—Sí. Me enseñaron tu fotografía. Yo soy Givor, de...

—Sé de donde vienes, Givor. ¿Has permitido que te trajeran de tan lejos sólo por matarme?

Givor sonrió de una manera especial. La punta de su lanza señaló determinado punto del horizonte.

—Cuando te haya matado, podré ir en busca de la flor de la longevidad absoluta —contestó—. Una astronave vendrá a buscarme, me devolverá a mi planeta y allí podré vivir miles de años. Llegaré a ser rey, ¿comprendes?

La Más-Alta-Montaña estaba a la izquierda de Kirr, a unos treinta kilómetros de distancia. En aquellos parajes, de una planicie casi absoluta, la montaña destacaba como un gigantesco cono, con la cúspide eternamente blanca, refulgiendo con incomparable belleza bajo los rayos de la estrella que alumbraba el sistema.

—Es preciso ser muy fuerte para matarme —dijo Kirr.

—Yo lo soy. Mira esta lanza. Al otro lado de esa loma hay doce Dinls muertos. Yo los he matado —contestó Givor orgullosamente.

Kirr meneó la cabeza.

—Lo siento por ti —contestó—. Has hecho un viaje inútil. No vivirás miles de años y tu cuerpo quedará para alimento de carroñeros.

—Habrá que verlo —dijo Givor.

Y, de súbito, sin previo aviso, disparó la lanza.

El brazo de Kirr fue incomparablemente más rápido. Asió la lanza en pleno vuelo, hizo girar el ástil velocísimamente y la devolvió a su atacante.

Givor tenía todavía el brazo adelantado, lo mismo que la pierna derecha, como consecuencia del movimiento que había hecho para arrojar el arma, cuando la lanza le hirió en el vientre, a la altura del estómago.

Givor se irguió y miró a su adversario con ojos sorprendidos.

—No me has hecho nada —se burló.

—¿De veras? La lanza te ha traspasado por completo. Está a cuatro pasos detrás de ti.

Givor respingó ligeramente. Volvió la cabeza y vio la lanza clavada en el suelo, muy inclinada y manchada de rojo desde el hierro al cabo.

Bajó la vista. Un río de sangre brotaba de su estómago. Por la espalda salía igualmente otro arroyo de líquido rojo.

De pronto, lanzó un aullido inhumano. Cavó de rodillas.

Gemía como un niño.

—Ella me ha ensañado...

—Sí, Givor.

Los ojos de Givor contemplaron a Kirr un instante. Luego, de pronto, se inclinó y escondió el rostroen lahierba.

Kirr continuó su camino.

* * *

De pronto se preguntó si todo lo que le sucedía no era una prueba más de las que debía realizar, prueba que, en todo caso, había sido ideada sin advertirle nada.

Aquella prueba tenía un objetivo que le había sido vedado conocer. Sólo cuando la terminase, conocería los motivos.

Y entonces, volvería a Brudos y junto a Thanna...

Incluso cabía que el asalto a la casa de Sjinn fuese una comedia preparada de antemano, como la persecución en el espacio y la llamada de Thanna. También podía ocurrir que el combate con Givor fuese parte de la prueba.

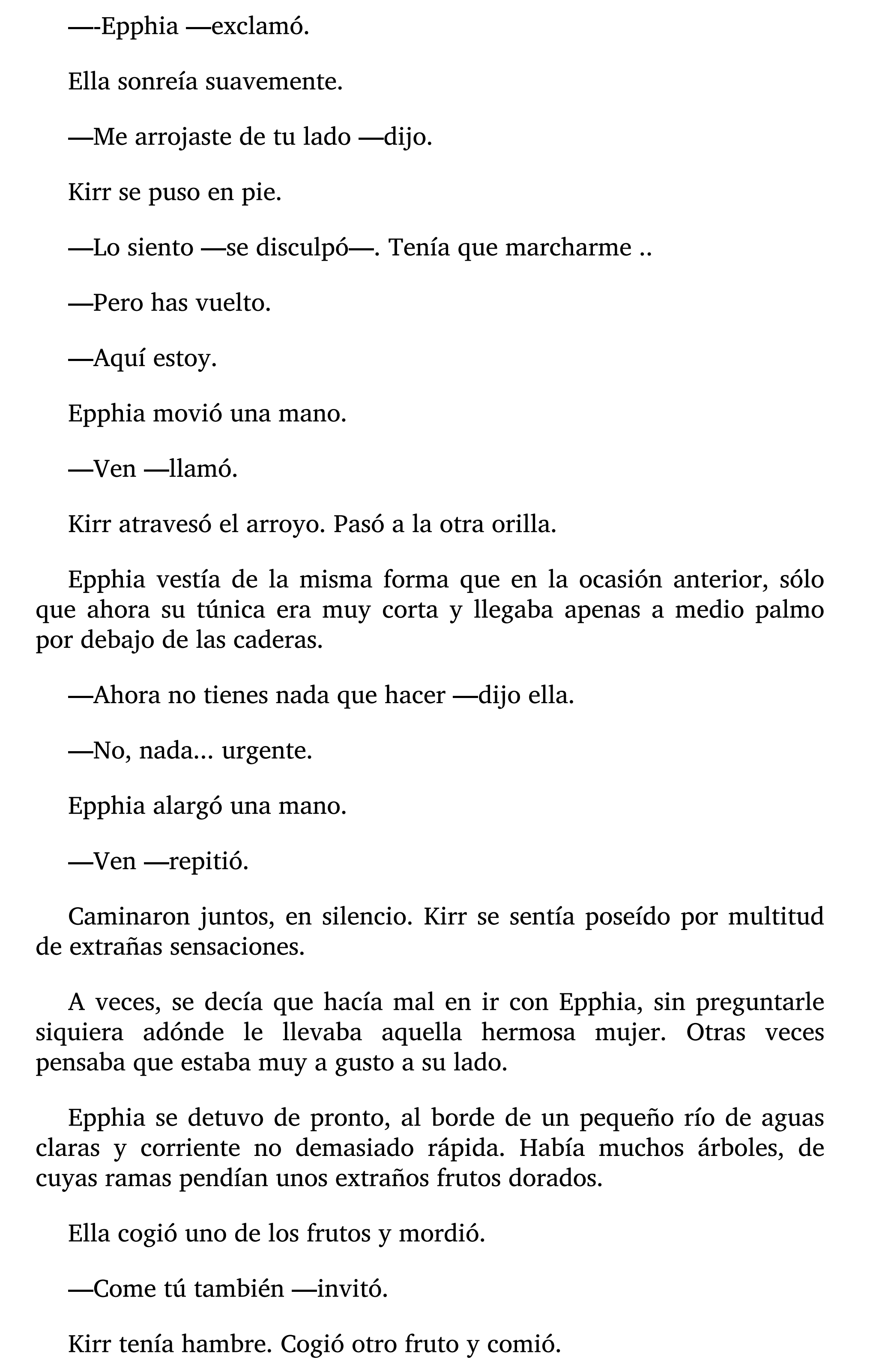
Una cosa era cierta: Givor no le había mentido. Givor había dado muerte a doce Dinls.

Caminó durante algunos días más. Todo seguía igual en aquel mundo donde parecía reinar una paz y una tranquilidad absolutas.

Una semana después, sintió sed y se acercó a un arroyo para beber agua.

Se arrodilló en el suelo. La superficie, en aquel punto, parecía un espejo. De pronto vio una figura que se reflejaba en el líquido espejo.

Lentamente, alzó la cabeza.



—-Epphia —exclamó.

Ella sonreía suavemente.

—Me arrojaste de tu lado —dijo.

Kirr se puso en pie.

—Lo siento —se disculpó—. Tenía que marcharme ..

—Pero has vuelto.

—Aquí estoy.

Epphia movió una mano.

—Ven —llamó.

Kirr atravesó el arroyo. Pasó a la otra orilla.

Epphia vestía de la misma forma que en la ocasión anterior, sólo que ahora su túnica era muy corta y llegaba apenas a medio palmo por debajo de las caderas.

—Ahora no tienes nada que hacer —dijo ella.

—No, nada... urgente.

Epphia alargó una mano.

—Ven —repitió.

Caminaron juntos, en silencio. Kirr se sentía poseído por multitud de extrañas sensaciones.

A veces, se decía que hacía mal en ir con Epphia, sin preguntarle siquiera adónde le llevaba aquella hermosa mujer. Otras veces pensaba que estaba muy a gusto a su lado.

Epphia se detuvo de pronto, al borde de un pequeño río de aguas claras y corriente no demasiado rápida. Había muchos árboles, de cuyas ramas pendían unos extraños frutos dorados.

Ella cogió uno de los frutos y mordió.

—Come tú también —invitó.

Kirr tenía hambre. Cogió otro fruto y comió.

El fruto tenía un sabor exquisito y calmó su Hambre en pocos instantes. Al terminar, miró a Epphia v sonrió.

Ella sonreía también.

—¿Te lía gustado? —preguntó.

—Sí, mucho.

Los blancos brazos de la mujer rodearon su cuello.

Las estrellas empezaban a aparecer en un cielo azul, aterciopelado. Pero los ojos de Epphia brillaban más que las estrellas.

# CAPITULO V

Una mano le sacudió con fuerza.

—Despierta, despierta...

Kirr se desperezó voluptuosamente.

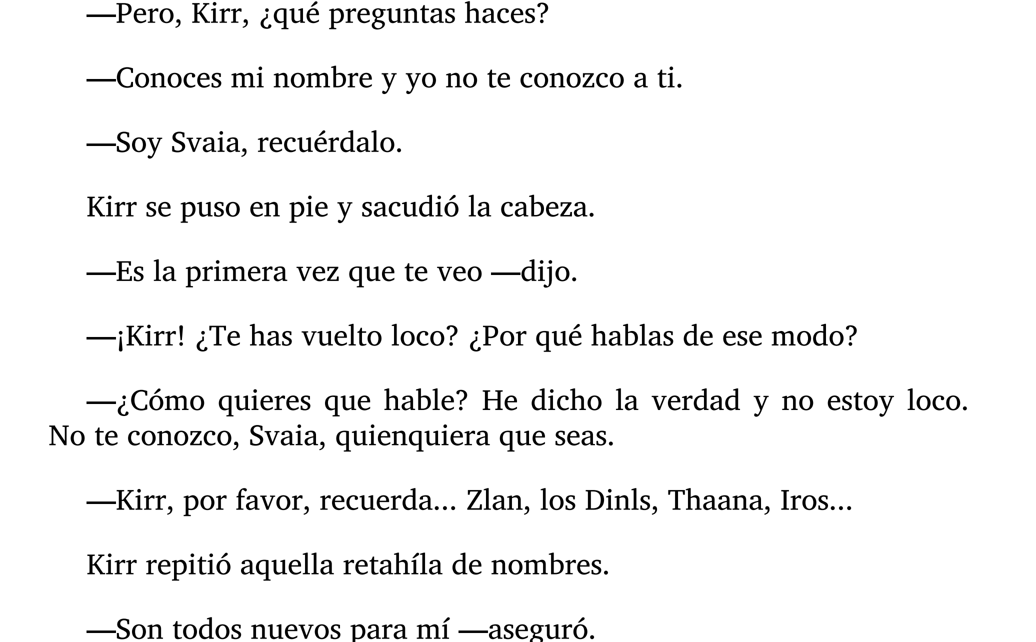
—Estoy bien así, Epphia —dijo, con lánguido acento.

—No soy Epphia —exclamó la mujer—. Vamos, Kirr, despierta de una vez.

Kirr se sentó en el suelo y miró con sorpresa a la joven que tenía frente a sí.

—No, tú no eres Epphia —dijo—. ¿Quién eres?

Svaia dio un paso atrás.



—Pero, Kirr, ¿qué preguntas haces?

—Conoces mi nombre y yo no te conozco a ti.

—Soy Svaia, recuérdalo.

Kirr se puso en pie y sacudió la cabeza.

—Es la primera vez que te veo —dijo.

—¡Kirr! ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué hablas de ese modo?

—¿Cómo quieres que hable? He dicho la verdad y no estoy loco. No te conozco, Svaia, quienquiera que seas.

—Kirr, por favor, recuerda... Zlan, los Dinls, Thaana, Iros...

Kirr repitió aquella retahíla de nombres.

—Son todos nuevos para mí —aseguró.

—Te busco desde hace cuatro semanas. Thanna ha enviado una fuerza de desembarco. Los Dinls, tus amigos y míos también, están sometidos a feroces ataques. Hasta ahora, han resistido, pero si no les ayudan, perecerán.

—¿Qué quiere decir Zlan? —preguntó él.

—Zlan es el nombre del planeta en que nos hallamos. Tú eres de Brudos. Pero viniste aquí para ayudar...

—Yo he vivido siempre aquí, en este sitio y no tengo por qué ayudar a nadie —respondió Kirr.

Svaia le miró fijamente.

—Hablas en serio —murmuró.

—¡Pues claro que hablo en serio! ¿Me tomas por mentiroso? Yo nunca miento y digo y afirmo que jamás te había visto antes de ahora.

—Amnésico, está amnésico —dijo Svaia, aterrada, al comprender la verdad.

—¿Qué quiere decir amnésico?

—¡No te preocupes, Kirr!

Svaia se volvió rápidamente. Epphia, a pocos pasos de distancia, la miraba arrogantemente.

En la mano de Epphia había un venablo corto.

—Kirr es mío —dijo, sonriendo.

—Sí, dice la verdad —confirmó el aludido—. Yo soy de ella.

—Por tanto, voy a matarte —anunció Epphia.

Su mano derecha se elevó un poco y luego se echó hacia atrás. El venablo partió disparado hacia el pecho de Svaia.

De súbito, una mano paró el arma en pleno vuelo, devolviéndolo luego al lugar de procedencia. Epphia lanzó un agudo grito.

Brotaba sangre del centro de su hermoso pecho. En sus ojos había un destello de odio infinito.

—Has sido tú —acusó.

—No —contestó Svaia—. No ha sido mi mano la que ha devuelto ese venablo.

Epphia dio unos traspiés. Luego rodó por la hierba.

El venablo, después de traspasarla, había ido a parar a veinte metros de distancia. Lentamente, Epphia cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Kirr se pasó una mano por la frente.

—¿Qué me ha sucedido? —exclamó—. ¿Por qué está ahí esa mujer muerta?

Svaia sonrió dulcemente y puso una mano en su brazo.

—Ven —dijo—. Te lo explicaré por el camino.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Mejor sería decir dónde has estado tú, Kirr. Pero creo que ya estás curado.

—¿Curado? Nunca he estado enfermo…

Svaia tiró de él.

—Ven, por favor.

Kirr se volvió para mirar a la muerta.

—¿Y ella?

—No tenemos tiempo para ocuparnos de su cuerpo. Anda, vamos, la situación empeora día a día.

Svaia echó a andar. Kirr se emparejó con ella. En pocos minutos, se alejaron de aquel lugar.

A Kirr le parecía haber estado bajo el influjo de un sueño agradable durante un tiempo que no sabía precisar. Pero cuando intentaba recordar lo ocurrido en aquellas semanas, una espesa niebla se interponía como una barrera entre su mente y los hechos de que había sido protagonista.

Transcurrió un largo rato. La sangre había cesado de brotar por las dos heridas que el venablo había abierto en el cuerpo de Epphia.

De pronto, Epphia se alargó, se estiró hasta alcanzar una longitud tres o cuatro veces superior a la suya. El hermoso cabello desapareció.

Los brazos se fundieron con el cuerpo y las piernas se unieron en una sola extremidad, de la cual habían desaparecido los pies.

Algo parecido a un gusano gigantesco se arrastró por la hierba. Llegó a un ribazo y buscó un orificio disimulado entre los arbustos floridos. Penetró al otro lado y, replegándose sobre sí mismo, formó una especie de espiral, de la que, por todas partes, brotaba una sustancia blanquecina, vaporosa, que se solidificaba al contacto con el aire.

A los pocos minutos, la espiral había desaparecido bajo una envoltura aislante, totalmente hermética y con la suficiente opacidad para no permitir ver lo que había en su interior.

* * *

—De modo que Epphia...

—Sí, ya te dije que Thanna pensaba atacar de todas las maneras —contestó Svaia, sin dejar de caminar—. Epphia te atrajo, te sedujo y te hizo perder la memoria. Ni siquiera sabías ya quién eras.

—Es cierto. Y ahora, por contra, no sé qué he hecho durante estas cuatro semanas. Sólo recuerdo que me encontré con Epphia...

—La cual, por cierto, era muy bella.

—Sí, pero yo la he matado.

—Ella quería matarme a mí. Te había dominado por completo. Eras su esclavo de una forma absoluta, aunque te hubiese concedido el dudoso honor de ser tuya. Pero había anulado tu voluntad.

—Así pues, quiso matarte...

—Tú obraste por puro instinto, como cuando te encontraste con Givor.

—¿Cómo sabes que me encontré con Givor?

—Hallamos su cuerpo —dijo ella.

—Oh, comprendo.

A ti, el instinto te hizo defenderme a pesar de todo; apenas viste el gesto belicoso de Epphia, todo el acondicionamiento a que ella te había sometido, desapareció en unos instantes. El venablo volaba por los aires y tú, merced al entrenamiento a que fuiste sometido, pudiste atraparlo y devolverlo con fulgurante velocidad, antes de que su dueña pudiera adivinar tus intenciones.

—¿Conocías tú a Epphia?

—No, nunca la había visto.

—Pero supiste encontrarla.

—He estado buscándote durante cuatro semanas.

—Sí, comprendo. Y dices que los Dinls han sido atacados...

—Han sufrido un par de ataques, pero han conseguido rechazarlos. Dudo mucho de que logren triunfar en el tercero.

—¿Quiénes les atacan? ¿Hombres de Brudos?

—Sí.

—¿Muchos?

—Varios cientos.

—¿Cómo puede ser eso? En Brudos viven decenas de millones de personas. ¿Es que Thanna no ha podido alistar más que tres o cuatrocientos soldados?

—Kirr, olvidas que un soldado no se improvisa...

—No lo sé, nunca he sido soldado.

—Y también pareces olvidar que en Brudos no hubo jamás ejército, porque nunca, al menos en lo que recuerdan las gentes, hubo guerras. Sólo había algunos guardias personales de Thanna, que cumplían más bien funciones decorativas.

—Cuando mataron a tu padre, no estaban decorando ningún salón —refunfuñó él.

Svaia suspiró.

—Hace tiempo que Thanna los entrenaba para atacar a quien fuera

—respondió—. ¿Cómo, si no, puedes imaginarte que se hubiesen construido esas terribles pistolas disgregadoras?

—Sí, es un arma reciente —convino él.

Durante largo rato, continuaron caminando. Svaia empezó a dar síntomas de cansancio.

Kirr la tomó en brazos. Ella pasó los suyos en torno al cuello masculino y sonrió con dulzura. Kirr sonrió también, pero ello no le impidió olvidar que unos amigos se hallaban en gravísimos apuros.

Su fuerza no parecía haber disminuido en aquellas semanas de absoluto olvido de la personalidad. Aceleró el paso.

Al atardecer, Svaia le indicó que debían hacer alto. Kirr accedió.

Ella buscó un lugar adecuado y se bañó. Kirr buscó y encontró frutas y raíces comestibles. Esa fue su cena, cuando Svaia regresó, ya anochecido.

Luego se tendieron a descansar. Kirr empezaba a dormirse, cuando, de repente, notó que una mano rozaba la suya.

Volvió la cabeza. Tendida en el suelo, Svaia le miraba profundamente.

Era una llamada silenciosa, para la que no hacían falta palabras. Kirr acudió a la llamada.

Fue el primero en despertar a la mañana siguiente y se bañó en el remanso cercano. Al volver, ya en pleno día, le pareció que el lugar le era conocido.

Svaia estaba sentada en el suelo, cepillándose el cabello.

—Buenos días, querido —dijo, sonriente.

—Hola —contestó él.

—¿Sucede algo, Kirr?

El joven guardó silencio. De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó.

—¿Quieres hablar, por favor? —pidió Svaia.

—Es bien sencillo. Aquí fue donde peleamos Givory yo.

—Ah, Givor...

De pronto, Kirr miró fijamente a la joven.

—Svaia, ¿encontraste el cuerpo de Givor?

—Sí.

—Vestía de pieles, como todos los guerreros de Sukhu-Dihn. No llevaba encima nada que pudiera adivinar su identidad. Si ya estaba muerto, ¿cómo sabes su nombre?

Ella se incorporó lentamente. De repente, Kirr empezó a recelar la verdad.

—Tú no eres Svaia.

— ¡Sí! —gritó ella.

—No, no eres Svaia.

Avanzó hacia la joven. El negro cabello decoloraba rápidamente. Sus facciones cambiaban de aspecto.

—¡QUIETO AHÍ! —ordenó ella.

Kirr se detuvo. Una fuerza irresistible sujetaba sus pies al suelo.

—Than...na... —tartamudeó.

En unos segundos, Thanna recobró su aspecto habitual.

Sonreía satisfecha.

—¿Te das cuenta ahora de los efectos que ha producido en mí el fruto de la flor de la Más-Alta-Montaña?

—Me has tenido... hipnotizado en todo momento...

—Sí. A fin de cuentas, he empleado las mismas armas que Epphia.

—¿Qué... ha sido... de Svaia? Thanna se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa —contestó—. Los Dinls están a punto de sucumbir y eso es lo que interesa. —Entonces, vas a matarme...

—No, no voy a matarte. Es algo que no podría hacer, Kirr se asombró de aquella respuesta. —¿Por qué?

—Algún día lo sabrás. Mientras, tendrás que esperar. Y ahora, sigúeme.

—¿Adonde me llevas?

—A Brudos, naturalmente. Mis soldados se encargarán de la conquista de Zlan.

—Entonces... ¿has venido a buscarme...?

—¿Puedes dudarlo?

Kirr fijó la vista en aquella mujer, tan bella como perversa, cuyos poderes mentales eran tan fuertes que durante casi veinticuatro horas le habia tenido en la creencia de que era Svaia.

Thanna movió una mano.

—Ven —dijo.

Kirr pudo despegar los pies del suelo. Había dado apenas media docena de pasos, cuando una mujer gritó agudamente y pronunció su nombre.

Thanna se detuvo. Un horrible alarido brotó de sus labios.

Svaia corría hacia ellos. Kirr notó que la joven llevaba puesto un aro metálico en torno a su cabeza.

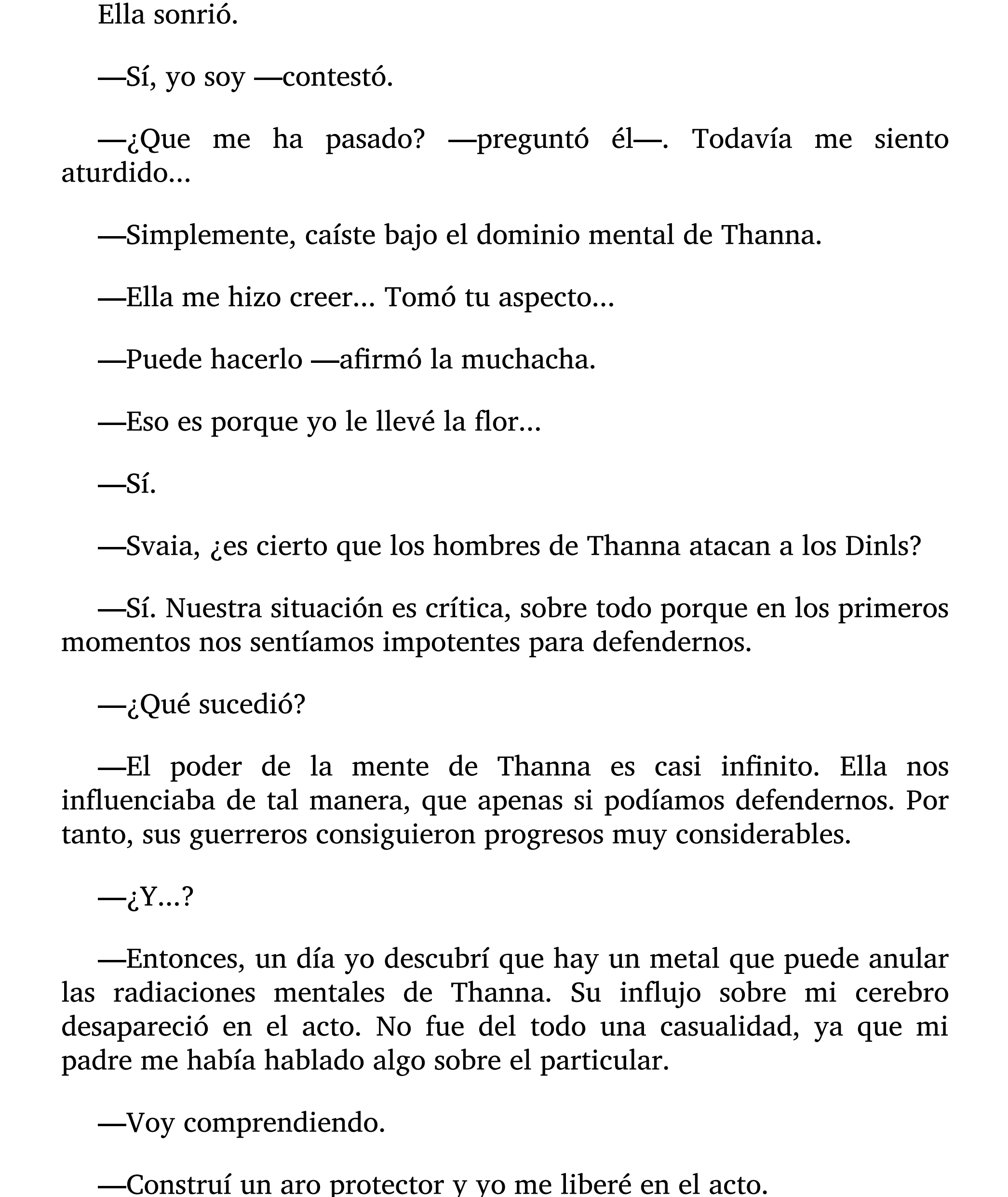
Kirr se sentía enormemente desconcertado. De súbito, Svaia llegó junto a él y le puso un aro de metal en la cabeza.

El torpor mental que Kirr notaba en su cerebro desapareció de inmediato. Acto seguido, Svaia se volvió hacia Thanna.

Svaia tenía un puñal en la mano. De pronto, Thanna dio media vuelta y echó a correr.

A los pocos pasos, se transformó en una especie de torbellino de vapor azulado, que giraba vertiginosamente, a la vez que se desplazaba con increíble rapidez. En pocos segundos, desapareció de aquel lugar y los dos jóvenes quedaron solos.

# CAPITULO VI



Kirr miró asombrado a su alrededor. Luego volvió los ojos hacia Svaia.

—¿Eres tú de veras? —preguntó.

Ella sonrió.

—Sí, yo soy —contestó.

—¿Que me ha pasado? —preguntó él—. Todavía me siento aturdido…

—Simplemente, caíste bajo el dominio mental de Thanna.

—Ella me hizo creer… Tomó tu aspecto…

—Puede hacerlo —afirmó la muchacha.

—Eso es porque yo le llevé la flor…

—Sí.

—Svaia, ¿es cierto que los hombres de Thanna atacan a los Dinls?

—Sí. Nuestra situación es crítica, sobre todo porque en los primeros momentos nos sentíamos impotentes para defendernos.

—¿Qué sucedió?

—El poder de la mente de Thanna es casi infinito. Ella nos influenciaba de tal manera, que apenas si podíamos defendernos. Por tanto, sus guerreros consiguieron progresos muy considerables.

—¿Y…?

—Entonces, un día yo descubrí que hay un metal que puede anular las radiaciones mentales de Thanna. Su influjo sobre mi cerebro desapareció en el acto. No fue del todo una casualidad, ya que mi padre me había hablado algo sobre el particular.

—Voy comprendiendo.

—Construí un aro protector y yo me liberé en el acto.

Hice otro y Neghosf, el jefe del pueblo de los Dinls, se liberó también. Así, en pocos días, conseguimos disponer de un núcleo de guerreros que podían luchar contra los brudorianos con ciertas posibilidades de éxito. Pero eso no era suficiente. Faltabas tú, Kirr.

—He estado ausente mucho tiempo... Pero tenías razón, Thanna es muy astuta y usa toda clase de armas.

—¿Qué armas ha usado contigo durante este tiempo?

—Una hermosa mujer —confesó él sin el menor empacho—. Pero ya ha muerto.

—La mató ella.

—No. Fui yo. Thanna se presentó bajo su aspecto y Epphia quiso matarla con su venablo. Yo me apoderé del arma en pleno vuelo y la devolví, tal como me había sido enseñado en los entrenamientos.

—Es mala, mala de veras —calificó Svaia, con un suspiro—. Pero será mejor que no sigamos hablando de ella.

—Espera un momento —rogó él—. ¿Has visto cómo escapó?

—Sí, la flor que tú le llevaste le ha conferido enormes poderes, entre ellos, el del polimorfismo.

—Es decir, en cualquier momento puede adoptar la forma que desee.

—¿No has dicho que tomó mi aspecto? —sonrió Svaia.

Kirr se acarició el mentón.

—Y todo eso debido a una sola semilla —murmuró—. ¿No habría modo de anular los efectos de la droga contenida en esa semilla?

Svaia hizo un gesto de resignación.

—No se me ocurre ninguno —contestó.

—Algo habrá que hacer —dijo Kirr con voz firme—. Thanna se ha convertido ahora en una mujer de ambición sin límites y es preciso cortar su malévola carrera. Por el momento, hemos conseguido anular su voluntad con estos aros de metal..., pero debes recordar dos cosas: primero, tiene más de doscientos años, lo cual le ha conferido una experiencia difícil de igualar. Segundo, quien posee una potencia

mental como la de Thanna la desarrolla continuamente, lo que significa que, tarde o temprano, encontrará el modo de anular la barrera que son estos aros de metal que llevamos puestos. ¿Lo has comprendido?

Svaia hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Kirr. Pero a mí no se me ocurre nada.

Kirr asió firmemente el brazo de la muchacha.

—Vamos, ya encontraremos la solución —aseguró.

* * *

De pronto, cuando ya llevaban varias horas de marcha, Svaia se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Kirr.

Ella tendió su brazo.

—El campamento brudoriano —indicó.

Oculta en el follaje de un espeso bosque, había una gran astronave de brillante metal. Kirr y Svaia buscaron la protección de unos frondosos arbustos, tras los cuales se situaron para observar sin ser vistos.

Los guerreros se movían febrilmente en torno a la nave. De pronto, alguien emitió una orden y corrieron a formar en densas filas.

—Es curioso —dijo Kirr al cabo de unos minutos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Los guerreros. Fíjate. Ninguno de ellos lleva casco.

—No lo han llevado en ningún momento. Eso es algo que me chocó desde el primer ataque, cuando capturamos algunos de sus cadáveres.

—Pero ahora ya lo comprendes, ¿verdad?,

—Sí. Están bajo el dominio de la mente de Thanna y el casco formaría una barrera contra sus emisiones cerebrales.

—¿Qué táctica emplean en sus ataques?

—No demasiado complicada. Avanzan en filas bastante nutridas y disparan sus pistolas disgregadoras. Nosotros les combatimos con las lanzas, pero es preciso arrojarlas desde gran distancia, para no situarse al alcance de sus pistolas.

De pronto, un grupo de guerreros, aproximadamente un centenar, se puso en movimiento.

—Ya atacan —dijo Svaia.

* * *

Kirr se fijó menos en los soldados que se alejaban de la nave para iniciar su ataque, que en los que habían quedado junto al aparato. Había una docena escasa y más parecían miembros de la tripulación que auténticos guerreros.

—Voy a atacar yo —murmuró.

Svaia le miró aprensivamente.

—Son muchos —advirtió.

Kirr sonrió.

—Thanna me proporcionó unas armas maravillosas. Para eso hizo que me entrenasen durante un cuarto de siglo —contestó.

Y, sin más, empezó a reptar por la hierba en dirección al lugar donde se hallaba la astronave.

Tras algunas dudas, Svaia decidió seguirle, aunque a muy corta distancia. Algo haría para ayudarle, llegado el momento, se dijo.

Pero Svaia no tuvo ocasión de intervenir.

Kirr emitió de pronto un agudo grito y se lanzó al ataque.

Durante unos minutos, se convirtió en un fugaz torbellino, que se movía borrosamente, esquivando sin dificultad los desesperados intentos que los brudorianos realizaban por derribarle. Antes de un minuto, diez o doce cuerpos yacían inconscientes por el suelo.

Un hombre apareció de pronto en la escotilla de la gigantesca nave. Kirr agarro a uno de los derrotados y lo arrojó con tremenda potencia. Los dos cuerpos desaparecieron en el interior del aparato.

Kirr continuó su tarea, rápida, incansablemente, con una velocidad que hacía punto menos que imposible seguir sus movimientos con la vista. Otro minuto más tarde, todos los que yacían en el suelo estaban en el interior de la nave.

Svaia perdió de vista a Kirr durante otro minuto. Luego le vio aparecer en la escotilla, que se cerró automáticamente, y saltar al suelo.

La nave se elevó, con creciente velocidad. Svaia lanzó un grito de admiración al comprender las intenciones del joven.

—¡Kirr! —gritó.

Una mano se agitó alegremente.

—Ya puedes venir —llamó él.

Svaia corrió a su encuentro.

—Has estado magnífico —dijo, con ojos muy brillantes.

Kirr sonrió, mientras le pasaba una mano por los hombros. Ella se sintió de pronto muy contenta al percibir el contacto masculino.

—Ahora, los que han ido a atacar a los Dinls se han quedado solos. No tendrán otro remedio que rendirse o pelear hasta morir —dijo él.

Svaia asintió. De pronto, vio algo abandonado en el suelo.

—Puede serme útil un día —dijo, mientras se apoderaba de la pistola disgregadora, perdida por uno de los brudorianos.

De repente, se oyó un distante estampido.

Kirr y Svaia alzaron la cabeza en el acto, instintivamente. El trueno procedía de las alturas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

—No tengo la menor idea. Parecía una explosión interna de la astronave —respondió Kirr, dubitativo.

Transcurrieron algunos segundos. De repente, algo descendió de las alturas, dejando una estela de sonido, semejante a un silbido de bajos tonos.

Aquella cosa se estrelló contra el suelo, despidiendo a lo lejos chorros de un líquido rojo inconfundible. Svaia gritó y volvió la cabeza.

Otro cuerpo cayó de lo alto. Súbitamente, cientos de hombres cayeron, en espesa lluvia. Algunos gritaban todavía.

Kirr agarró a la muchacha y ambos se situaron bajo la protección de un árbol de frondosa copa. Los alaridos de los hombres que descendían desde muchísimos metros de altura eran horripilantes.

Al mismo tiempo, grandes fragmentos de metal caían por todas partes. Durante unos minutos, Kirr y la muchacha aguantaron estoicamente el chaparrón, temiendo morir aplastados en cualquier momento. Luego, poco a poco, cesó aquella siniestra lluvia.

—No entiendo lo que ha pasado... —dijo Svaia más tarde, todavía muy impresionada por lo ocurrido.

—Yo sí —contestó él—. La nave que yo devolví a Brudos, con piloto automático, chocó en el espacio con otra que traía refuerzos. Probablemente, el choque se produjo a una cota demasiado baja, cuando la nave que llegaba había perdido ya la mayor parte de su velocidad y estaba iniciando la maniobra de aterrizaje por descenso vertical, a unos doce o quince mil metros de altura.

—Kirr, a tanta altura, los ocupantes de la nave deberían morir asfixiados —dijo ella—. Y algunos gritaban todavía...

—La muerte por asfixia se produce por la permanencia en un lugar carente de oxígeno durante un tiempo excesivo. Pero estos desdichados empezarona caer apenas explotaron las naves. Muchos murieron o quedaron heridos en el momento de la colisión. Otros se salvaron, sólo para morir al choque contra el suelo.

Svaia se estremeció al pensar en la horrible agonía que habían debido de padecer los que se habían salvado del encontronazo, sólo

para morir de otra forma. A unos doscientos cincuenta kilómetros por hora, aquellos desgraciados habían sufrido una infernal agonía de dos minutos de caída, concluida en el brutal choque final.

El suelo estaba literalmente cubierto de cadáveres y restos de las naves destrozadas por el impacto de la colisión. Kirr agarró la mano de la muchacha y procuró alejarla de aquel lugar de muerte y devastación.

Thanna había sufrido un duro golpe con la pérdida de dos astronaves y cientos de guerreros, pero no se podía afirmar todavía que su derrota fuese definitiva.

Aún quedaban vivos unos cien guerreros, que se disponían a atacar las posiciones de los nativos.

—Vamos a ayudar a los Dinls—exclamó Kirr.

* * *

Los brudorianos no parecían haber advertido el choque de las astronaves. Formados en anchas filas, avanzaban Hacia los Dinls, situados a unos dos mil metros de distancia.

Las largas lanzas brillaban al sol. Los brudorianos avanzaban silenciosa, rítmicamente, sin otras armas que sus pistolas disgregadoras.

Ni uno solo de ellos volvió la cabeza. Kirr empezó a sospechar algo horrible.

—¿Dónde estará Thanna? —murmuró. Corrieron tras los atacantes. Svaia tenía su pistola disgregadora, pero había más de cien en las filas enemigas.

La desproporción era evidente.

Con paso firme, no rápido, pero sí sostenido, los brudorianos avanzaron al encuentro de sus enemigos. Los Dinls aguardaban a pie firme.

Kirr conocía por experiencia la fortaleza física de los Dinls. Eran muchos más que sus atacantes, pero éstos no parecían sentir temor

alguno. Ni siquiera habían sacado sus pistolas. Actuaban como autómatas. ¿Por qué no retrocedían ante aquel bosque de lanzas que les aguardaba con su mortal amenaza?

De pronto, Neghosf lanzó un grito. Quinientos brazos se tendieron hacia atrás. Otro grito y quinientas lanzas volaronpor los aires.

Pero a la mitad de su trayectoria, chocaron con un obstáculo invisible y cayeron inofensivamente al suelo. Entonces, los brudorianos, aullando como diablos, se lanzaron a la carga.

El combate tuvo poca historia. A las primeras descargas, cuando los Dinls empezaron a ver caer a sus compañeros, la desmoralización cundió en su campo y volvieron las espaldas al enemigo.

Los brudorianos hicieron una carnicería. Cada vez que una descarga alcanzaba a un Dinl, un cuerpo humano se convertía en una repugnante pasta de color rojo. La disgregación orgánica sobrevenía instantáneamente, por la pérdida de la tensión molecular.

Tan sólo treinta o cuarenta Dinls, los más veloces, consiguieron escapar. Los demás quedaron tendidos sobre el terreno.

Kirr y Svaia contemplaron la matanza ocultos prudentemente bajo unos matorrales. Una vez conseguido el triunfo, los brudorianos empezaron a apoderarse de laslanzas caídas en el suelo, que tomaban como trofeos de su victoria.

De pronto, una hermosa mujer se hizo visible en el campo de batalla.

Thanna apareció radiante de belleza, ataviada con unas flotantes vestiduras blancas, con adornos de oro. Su talle quedaba desnudo, pero los senos estaban cubiertos por un historiado peto de metal, cuyos cuencos pectorales, apreció Kirr, eran dos gigantescos rubíes.

Las piedras preciosas habían sido talladas adecuadamente y estaban forradas de suave tela en su parte interior. Pero no se podía negar que Thanna ofrecía un aspecto fascinante.-

Cien lanzas se levantaron de pronto en señal de saludo. Un grito unánime brotó de cien gargantas:

—¡Reina, reina, reina!

# CAPITULO VII

Situados en un lugar discreto, Kirr y Svaia conferenciaban.

Thanna, con sus guerreros, había abandonado el campo de batalla. Svaia se sentía todavía impresionada por lo que había visto en aquel agitado día.

—Tantos muertos... todos hombres jóvenes, animosos, con un futuro ante ellos... y ahora no son sino montones de carne inanimada...

Kirr guardaba silencio.

También él se sentía impresionado.

—Si no hacemos algo, Thanna acabará por lograr sus propósitos —dijo sombríamente.

—Pero ¿qué podemos hacer? Ella se ha preparado durante años y años para estos momentos... y, por si fuera poco, tú le llevaste la flor de la longevidad y la juventud...

—Entonces yo ignoraba cuáles eran sus proyectos. Sólo se me había dicho que Thanna estimaba la entrega de una flor como el final de mi período de entrenamiento. Aparte, lógicamente, que ello significaría mi confirmación como su esposo.

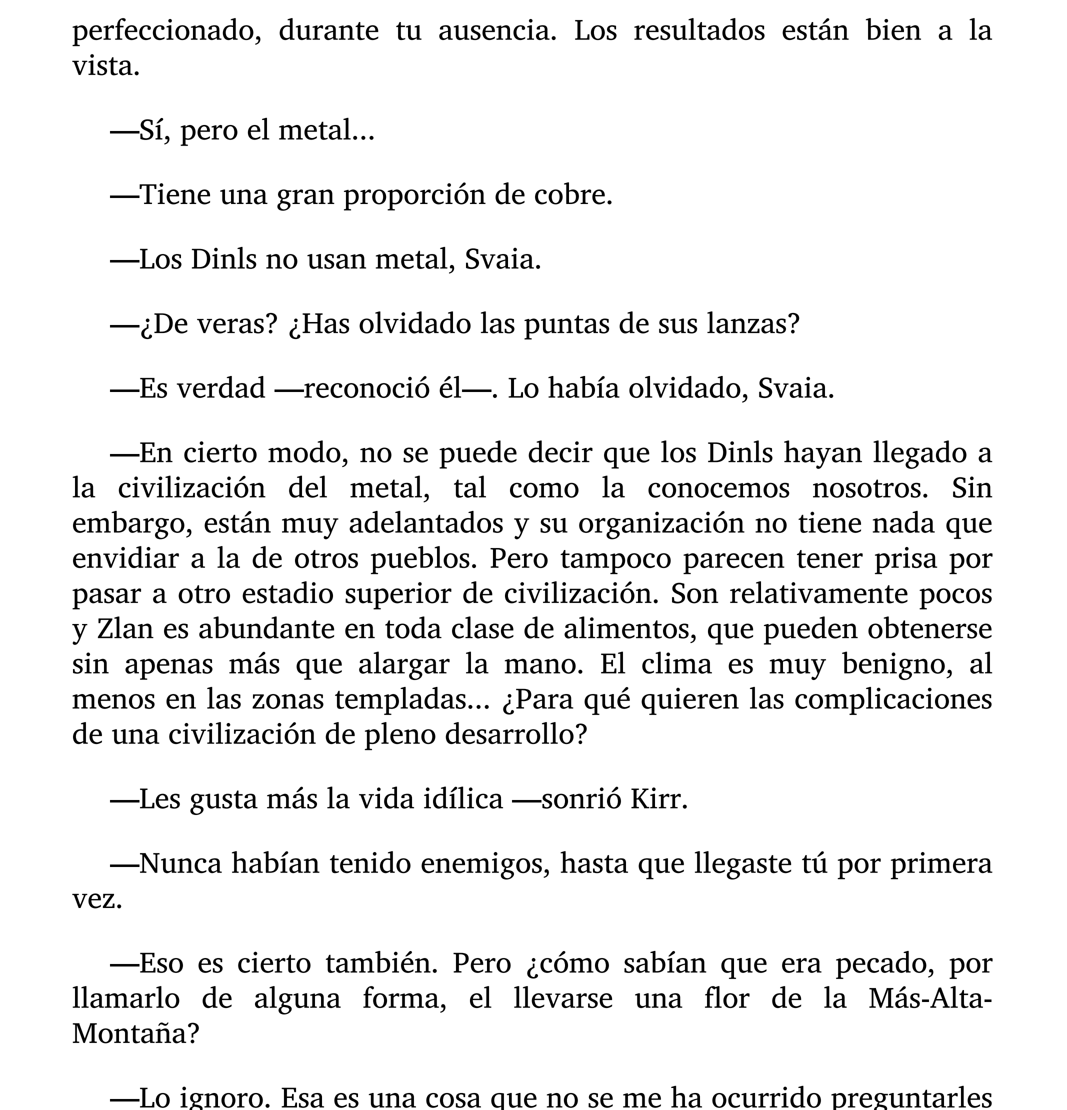
—No hay duda, esa semilla ha producido efectos incalculables. Ahora su mente tiene un poder irresistible. Incluso paró quinientas lanzas en pleno vuelo.

—Tuvo que realizar un terrible esfuerzo mental —convino Kirr.

—No parece que le costase demasiado. Ya conoces ahora sus poderes polimórfícos. Apareció de repente, como surgida del suelo... y recuerda cuando escapó de nosotros, convertida en una nube.

—Bien, creo que por el momento es algo de lo que nos podemos desentender —dijo Kirr—. Por fortuna, tenemos este aro protector... ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Fue mi padre, hace tiempo ya, quien me insinuó algo al respecto. Incluso hizo algunas pruebas, que yo he repetido y hasta



perfeccionado, durante tu ausencia. Los resultados están bien a la vista.

—Sí, pero el metal...

—Tiene una gran proporción de cobre.

—Los Dinls no usan metal, Svaia.

—¿De veras? ¿Has olvidado las puntas de sus lanzas?

—Es verdad —reconoció él—. Lo había olvidado, Svaia.

—En cierto modo, no se puede decir que los Dinls hayan llegado a la civilización del metal, tal como la conocemos nosotros. Sin embargo, están muy adelantados y su organización no tiene nada que envidiar a la de otros pueblos. Pero tampoco parecen tener prisa por pasar a otro estadio superior de civilización. Son relativamente pocos y Zlan es abundante en toda clase de alimentos, que pueden obtenerse sin apenas más que alargar la mano. El clima es muy benigno, al menos en las zonas templadas... ¿Para qué quieren las complicaciones de una civilización de pleno desarrollo?

—Les gusta más la vida idílica —sonrió Kirr.

—Nunca habían tenido enemigos, hasta que llegaste tú por primera vez.

—Eso es cierto también. Pero ¿cómo sabían que era pecado, por llamarlo de alguna forma, el llevarse una flor de la Más-Alta-Montaña?

—Lo ignoro. Esa es una cosa que no se me ha ocurrido preguntarles nunca. Tal vez una leyenda...

—Las leyendas siempre tienen un fondo de realidad —dijo Kirr pensativamente—. Pero ahora tenemos entre manos algo más urgente.

—¿Qué es? —preguntó Svaia.

—Necesito otro aro como el que llevo puesto. Por lógica, yo no puedo prestar el mío a otra persona. —No tengo más metal...

Kirr lanzó una mirada al distante campo de batalla. —Esta noche iré a apoderarme de un par de lanzas. O quizá me traiga más —dijo.

* * *

Estaban en el fondo de un barranco muy estrecho, de paredes tan empinadas que, en algunos puntos, la anchura entre los bordes era inferior a la que había en las bases respectivas. Por tanto, en el lugar que Kirr había elegido para su campamento, el muro mismo les protegía de las vistas indiscretas.

Después de mucho pensar, Kirr se había llevado seis lanzas. Uno de los hierros, usándolo por la parte del filo, le sirvió como cuchillo. De este modo, pudo cortar leña en abundancia.

Buscó piedras adecuadas y alisó una de ellas. Mientras trabajaba, Svaia buscaba comida y leña. Un cercano manantial les proporcionaba el agua que necesitaban.

Cuando tuvo todo preparado, Kirr fabricó unas rudimentarias tenazas, a base de muchos golpes con una piedra que le servía de martillo. Otro de los hierros, convenientemente moldeado, se convirtió en el martillo que necesitaba, al que puso un mango de madera.

Finalmente, con los dos hierros restantes, ablandándolos por medio del fuego y estirándolos en la forma adecuada, fabricó dos aros muy semejantes a los que 'llevaban constantemente puestos, incluso durante el sueño.

Al terminar, enseñó su obra a la muchacha.

—Ahora ya podemos ponernos en campaña —dijo.

—Todavía no me has dicho tus propósitos —manifestó Svaia.

—Capturar, por lo menos, un prisionero.

—Pero ¿qué podremos hacer…?

Kirr sonrió enigmáticamente.

—Pronto lo sabrás. Ahora, vamos a descansar un poco; mañana, antes de amanecer, buscaremos a ese prisionero. Y si pueden ser dos, mejor todavía.

Aún brillaban algunas estrellas en el cielo, cuando se pusieron en marcha.

Caminaron durante tres días. Al caer la tarde del tercero, divisaron un nutrido grupo de guerreros que parecían batir el terreno.

—Escóndete, Svaia.

La joven obedeció en el acto. De pronto, se dio cuenta de que los soldados, ahora armados con las lanzas capturadas, pinchaban en todos los matorrales que encontraban a su paso.

—Nos van a descubrir —se aterró.

Kirr solucionó el problema con un árbol de frondosa copa, entre cuyo ramaje se escondieron. Minutos más tarde, pasaron algunos soldados por debajo de ellos.

Uno caminaba algo rezagado. De repente, sintió que una fuerza irresistible lo alzaba del suelo.

El guerrero quiso gritar, pero algo oprimía su garganta con terrible fuerza. Cuando se dio cuenta, estaba a quince metros del suelo, entre la penumbra del follaje.

Las manos que oprimían su cuello aflojaron la presión. Pero otra le tapó la boca casi instantáneamente.

—Si gritas, te mato —dijo Kirr.

Ninguno de los otros brudorianos parecía haberse dado cuenta de la pérdida de un compañero. De pronto, el prisionero vio aparecer a una hermosa joven que gateaba en silencio por las ramas.

—Ponle el aro —indicó Kirr.

Svaia obedeció. Kirr soltó al prisionero, que llevó una mano inmediatamente al círculo de metal que ceñía su cabeza.

—¡No lo toques!

El soldado se quedó inmóvil.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó.

—En primer lugar, dinos tu nombre —pidió Kirr.

—Me llamo Vrord Buh-Tsin —contestó el prisionero.

Svaia lanzó una exclamación.

—Eres hijo de Vrord Buh-Tsin —exclamó.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Yo soy la hija de Sjinn Er-Dvirr —dijo Svaia.

Vrord miró fijamente a la muchacha.

—Hace años que no te veía —manifestó—. Estás muy cambiada.

—Mi padre me envió aquí para mi propia seguridad,pero eso no importa ahora. Dime, Vrord, ¿qué notas al levar puesto ese aro?

—Nada —respondió el prisionero.

—¿De veras?

—¿Por qué iba a mentirte? Me encuentro perfectamente bien, salvando el hecho de verme obligado a llevar este ridículo adorno.

—No es ningún adorno ni mucho menos ridículo —contradijo Kirr con grave acento—. Vrord, ¿qué has estado haciendo hasta ahora?

Vrord pareció sentirse desconcertado al escuchar aquella pregunta.

—No sé... Estoy aquí... Pero esto no parece Brudos.

—No es Brudos. Estás en Zlan.

—¡Imposible!

—¿Por qué íbamos a engañarte? —sonrió Svaia—. Mira el paisaje. ¿Se parece en algo al que tú conoces?

—Y, otra cosa —añadió Kirr—. Eres un guerrero, ¿verdad?

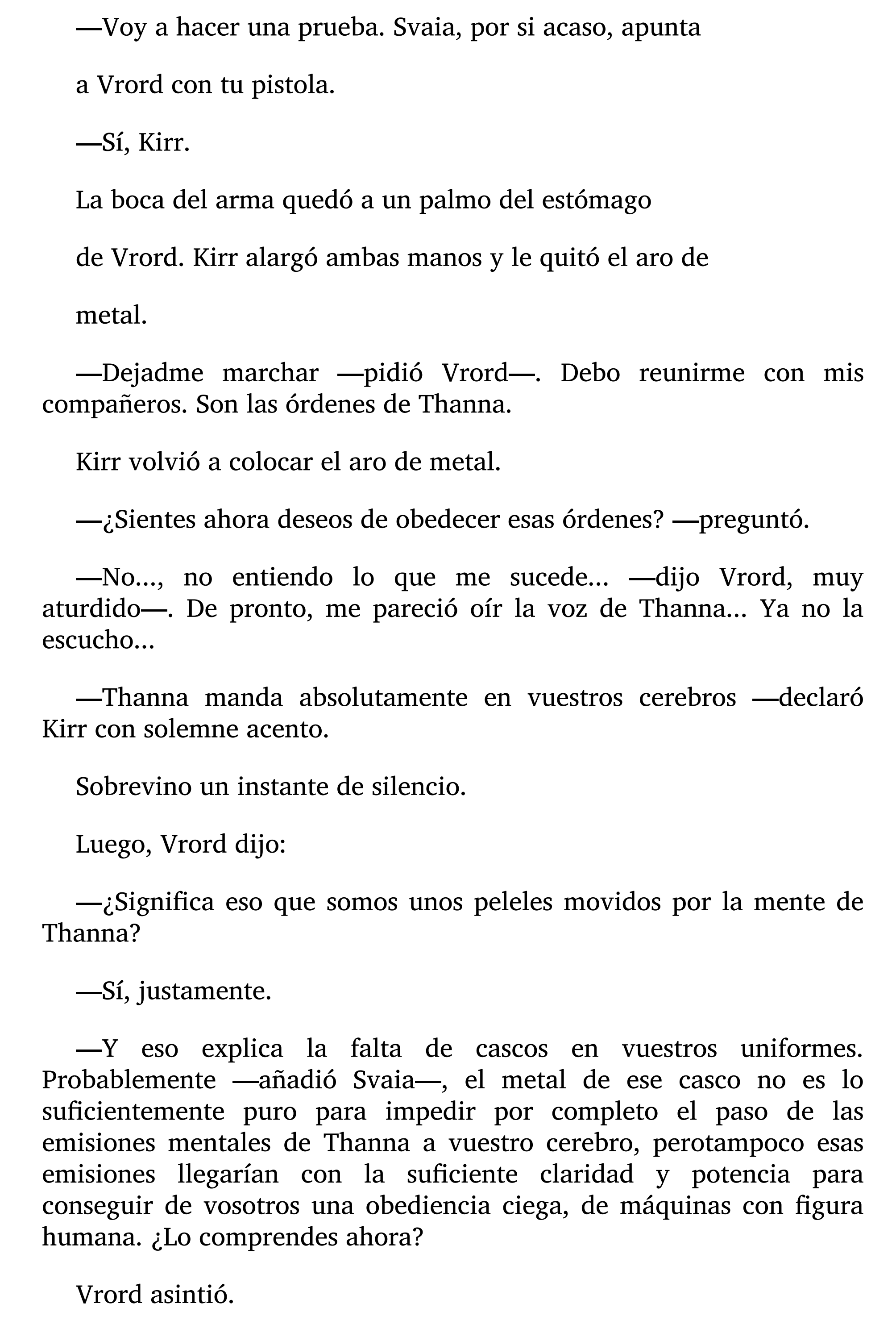
—Sí, lo soy.

—Entonces, ¿por qué no llevas casco?

Vrord se sentía terriblemente desorientado.

—No..., no lo necesito...

Kirr dijo:



—Voy a hacer una prueba. Svaia, por si acaso, apunta

a Vrord con tu pistola.

—Sí, Kirr.

La boca del arma quedó a un palmo del estómago

de Vrord. Kirr alargó ambas manos y le quitó el aro de

metal.

—Dejadme marchar —pidió Vrord—. Debo reunirme con mis compañeros. Son las órdenes de Thanna.

Kirr volvió a colocar el aro de metal.

—¿Sientes ahora deseos de obedecer esas órdenes? —preguntó.

—No..., no entiendo lo que me sucede... —dijo Vrord, muy aturdido—. De pronto, me pareció oír la voz de Thanna... Ya no la escucho...

—Thanna manda absolutamente en vuestros cerebros —declaró Kirr con solemne acento.

Sobrevino un instante de silencio.

Luego, Vrord dijo:

—¿Significa eso que somos unos peleles movidos por la mente de Thanna?

—Sí, justamente.

—Y eso explica la falta de cascos en vuestros uniformes. Probablemente —añadió Svaia—, el metal de ese casco no es lo suficientemente puro para impedir por completo el paso de las emisiones mentales de Thanna a vuestro cerebro, perotampoco esas emisiones llegarían con la suficiente claridad y potencia para conseguir de vosotros una obediencia ciega, de máquinas con figura humana. ¿Lo comprendes ahora?

Vrord asintió.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Sé que un día, sin conocer exactamente los motivos, se nos dio la orden de despojarnos de los

cascos. A veces esto resulta incómodo, sobre todo, a la hora en que el sol es más fuerte...

Kirr dio una palmada al soldado.

—Acabas de darme una buena idea —exclamó—. Vrord, te vamos a dejar ir con tus compañeros. Cuando .los alcances, procura dar una excusa cualquiera para justificar tu retraso. Por el camino, busca hojas y haz un cubrecabezas, que impida se vea el aro de metal. Di que el sol es muy fuerte..., lo que se te ocurra.

Y llévate este otro aro.

—¿Para qué?

—¿No tienes algún buen amigo a quien proteger?

Vrord hizo un, gesto de asentimiento.

—Sí —contestó.

—Entonces, habla con él y confíale este secreto. Tarde o temprano vendrá alguna astronave a traeros pertrechos y quizá refuerzos. Con un poco de astucia, podréis fabricar más aros. En la astronave habrá metal de sobra.

Y de este modo, os podréis librar de la maligna influencia
que Thanna ejerce sobre todos vosotros.

—¡Pero ella es nuestra reina!

—Una reina que quiera el bien de su pueblo, no convierte en esclavos a sus soldados. Ahora manda absolutamente sobre vosotros. Pronto lo hará con todos los demás... si tú y otros como tú no nos ayudáis —dijo Kirr.

Vrord se tocó con dos dedos el aro de metal que contorneaba su cráneo.

—Lo haré —dijo.

Momentos más tarde, Kirr y Svaia quedaban solos nuevamente.

—Espero y deseo que Vrord tenga éxito —murmuró ella.

—Hemos sembrado una semilla muy diminuta. Con el tiempo, puede convertirse en un árbol muy frondoso... ¡el árbol de la rebelión

contra el dominio de la mente!

De nuevo caminaban, procurando ocultarse en todo momento de las miradas de los soldados que rastrillaban el terreno constantemente. Los hombres de Thanna estaban en clara desventaja con Kirr, entrenado durante veinticinco años para llegar a coger una flor. Cuando Svaia mostraba señales de cansancio, Kirr la tomaba en brazos y así podía continuar su camino.

Al fin, un día avistaron el pueblo de los Dinls.

Cuando llegaron, oyeron algunos gritos de cólera. Ellos pertenecían al planeta de donde habían llegado aquellos guerreros que tantas muertes habían causado.

Neghosf, el jefe, salió a recibirlos con ceño hosco.

—Marchaos, no os queremos aquí —dijo.

—Hemos venido a hablar contigo. Somos sinceros —manifestó Kirr,

—Viniste a nuestro país y te llevaste la flor de la longevidad, una flor que nosotros no habíamos tocado jamás...

—Eso es lo que yo quería saber —exclamó el joven vivamente—. ¿Cómo llegó la leyenda a vuestro conocimiento?

Neghosf pareció sorprenderse de la pregunta.

—Siempre lo hemos oído, desde niños...

—Pero esa leyenda debe tener algún origen.

—Eso es verdad —dijo de pronto un Dinl que parecía tener más de cien años.

—¿Conoces tú el origen de la leyenda? —preguntó Kirr.

—Yo me llamo Ephros y ya de niño la oí a mi padre, que vivió ciento cuarenta años; y mi padre la había oído al suyo... El espíritu que mora en la Más-Alta-Montaña prohibió a nuestros antepasados subir allá arriba, para que no pudiéramos comer jamás la semilla de esa flor.

Los ojos de Kirr fueron hacia la Más-Alta-Montaña, cuya base estaba situada a una docena escasa de kilómetros del lugar donde las ya muy mermadas huestes nativas habían levantado su campamento.

—De modo que allá arriba hay un espíritu —murmuró.

—Sí —confirmó Ephros—. Nadie lo ha visto jamás, pro existe. Y él fue quien lanzó la prohibición de coger a flor que sólo crece en la cima.

—Es curioso —dijo Kirr—. Yo estuve allá arriba y no me encontré con ningún espíritu.

De pronto, Svaia, agarró al joven por un brazo. —Kirr, estoy adivinando tu pensamiento —dijo. El joven se volvió hacia ella, con la sonrisa en los labios.

—Tú no eres Thanna —dijo.

—Sí, pero no quiero que vuelvas allá arriba.

—Svaia, si lo que sospecho es cierto…

De pronto, Kirr se volvió hacia los dos Dinls.

—Queremos ayudaros —insistió—. ¿No es prueba suficiente el hecho de que Svaia os haya construido esos aros de metal, sin los cuales vuestra mente estaría ahora en poder de la de vuestra enemiga?

Neghosf vaciló.

—Es cierto, pero, a fin de cuentas, todo viene de tu primer viaje a este planeta —acusó.

—Lo admito. Sin embargo, yo también vine engañado. Y ahora, insisto, quiero ayudaros.

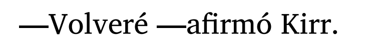
Svaia dio un paso hacia adelante.

—Kirr subirá a la Más-Alta-Montaña —exclamó—. Como prueba de nuestra buena fe, yo me quedaré con vosotros, en calidad de rehén.

Neghosf alzó una mano.

—Es cierto que estos aros nos han salvado de graves peligros, pero muchos de los nuestros han muerto y todo ello se debe al primer viaje de Kirr —manifestó. Se volvió hacia el joven—. En el plazo de dos semanas, subirás a la Más-Alta-Montaña y regresarás aquí. Si no vuelves al finalizar ese plazo, ella morirá.

—Estoy dispuesta —manifestó Svaia.



—Volveré —afirmó Kirr.

## CAPITULO VIII

Kirr se concentró en su misión.

Cubrió los primeros diez kilómetros en poco más de veinte minutos. Se tomó un pequeño descanso, diez minutos escasamente y, sin más, inició la ascensión.

En los primeros tramos, la pendiente era soportable y ascendía con rapidez. Kirr procuró recordar las enseñanzas de la ascensión anterior.

El agudo pico de la montaña se elevaba a más de quince mil metros de altura. Ello explicaba los numerosos esqueletos que había encontrado en su camino siniestros jalones de una ruta en la que muchos habían muerto y sólo uno, hasta entonces, podía considerarse como triunfador.

Al atardecer, había ganado cinco mil metros de altura.

Entonces, se detuvo y realizó los ejercicios practicados en entrenamiento a lo largo de muchísimos años.

Concentrándose de una forma casi absoluta, logró reducir sus funciones vitales al mínimo.

Su pulso bajó a veinte latidos por minuto. La respiración quedó reducida también drásticamente: dos veces en el mismo espacio de tiempo.

La temperatura de su cuerpo bajó por la misma concentración. El sueño acudió a los pocos momentos.

Ocho horas más tarde, despertó. Realizó ejercicios de autorreanimación y, quince minutos más tarde, estaba nuevamente en pie.

En el segundo día, su ganancia fue solamente de tres mil metros. Al tercer día, se encontraba sólo a nueve mil quinientos metros sobre la llanura.

Ahora avanzaba con gran lentitud, debido a que era preciso escatimar el esfuerzo, a fin de conseguir unamayor oxigenación de las células de su cuerpo. Sin un entrenamiento adecuado, no habría conseguido jamás alcanzar semejante cota, carente de la ayuda de

depósitos suplementarios de oxígeno.

Aquella prueba había sido ideada por una máquina. Él había triunfado, pero si Thanna tenía tanto interés en la flor, ¿por qué no había enviado una pequeña astronave, cuyos tripulantes, llegando a la cima con la mayor comodidad y equipados, además, con trajes de vacío, podrían haber recogido la flor sin ninguna dificultad?

Continuó el ascenso. Ahora lo hacía en espiral, tanto por marchar con mayor comodidad, como por confirmar sus sospechas.

Atravesó hondísimos precipicios y enormes ventisqueros, en donde reinaba una temperatura bajísima. De repente, en el cuarto día, a tres mil metros todavía de la cumbre, vio unos restos metálicos en el fondo de un precipicio.

En la ocasión anterior no había pasado por allí. ¿Cómo había llegado la nave hasta aquellos parajes?

De repente, oyó un agudo silbido.

Instantes después, vio alzarse ante él un enorme cono de humo, roca pulverizada y nieve. La tierra tembló por efectos de la explosión.

Volvió la cabeza. A mil metros de distancia, había una pequeña astronave, suspendida en el espacio. La distancia no era tan grande que su aguda visión no le impidiese captar los distintivos reales de Thanna.

Una raya de fuego partió de uno de los costados ae la nave, de forma lenticular. Morbosamente fascinado, Kirr vio venir el proyectil hacia él, en derechura.

Corregida la puntería, el artillero había hecho fuego por segunda vez, sin posibilidades de error.

* * *

El proyectil explotó de pronto, a quinientos metros de distancia.

Kirr vio un gran fogonazo y luego oyó el estampido. Los mecanismos de explosión habían fallado.

Era fácil comprender los motivos del ataque. Thanna no quería que él pudiera coger otra flor.

Repentinamente, la nave cayó a plomo.

Kirr se quedó con la boca abierta. Aquella caída le resultaba inconcebible.

Treinta segundos más tarde, la nave chocó contra el suelo, a dos mil metros más abajo, y estalló con fragoroso estampido. Una gran nube de humo manchó la clara atmósfera durante unos segundos.

Luego, el cielo se despejó.

Y Kirr continuó su ascensión.

Estaba en el cuarto día y aún le faltaban tres mil metros.

Subió, subió incansablemente. Pero, al mismo tiempo, se preguntaba si aquella ascensión, de la que podía depender la vida de Svaia, no era una locura.

¿Existía realmente el espíritu mencionado por Ephros?

El prodigioso entrenamiento a que había sido sometido durante tantos años, daba sus frutos.

Su mente hacía que las necesidades de oxígeno del cuerpo fuesen mínimas. El calor de su cuerpo formaba como un aura que, envolviéndole por completo, repelía las bajísimas temperaturas reinantes a semejante altura.

Y de pronto, sin saber cómo, se encontró a pocos
pasos de la cima.

La aguda cúspide de la montaña estaba a quince o veinte metros de altura sobre su cabeza. Arriba, casi tocándolas con las manos, estaban las flores de rojos y aterciopelados pétalos, la planta maravillosa que daba vida y juventud.

Entonces, delante de él, la nevada ladera se hizo de pronto transparente y luego un trozo de la misma desapareció, dejando ver la entrada de una cueva.

Kirr contempló con infinita curiosidad la abertura. ¿Por qué no había sucedido aquello la vez anterior?

Una voz silenciosa resonó en su mente:

—Ven.

Kirr avanzó lentamente.

Cruzó la entrada. Un agradable calor envolvió de pronto su cuerpo. La escasez de oxígeno, que él dominaba con la fuerza de su cerebro, cesó bruscamente.

Ahora podía respirar a pleno pulmón, sin necesidad de esfuerzos mentales ahorrativos.

La cueva estaba completamente a oscuras. De pronto, se iluminó.

Las tinieblas desaparecieron con gradual suavidad. Kirr se encontró en el interior de un habitáculo de forma semiesférica, de paredes absolutamente lisas, pero sin apenas brillo. El diámetro del suelo era de unos quince o dieciséis metros y la altura máxima del techo era de unos siete.

Una blanca figura apareció, corporeizándose lenta-menta ante él. Kirr lanzó un agudo grito de sorpresa.

—*¡Epphia!*

La mujer poseía una belleza delicada, frágil, como una estatua de alabastro. El cabello era de color oscuro, aunque no negro por completo, y pendía en largas ondas hasta casi los pies.

Parecía una estatua, pero había calor y vida en sus rojos labios.

Sonreía.

—No soy Epphia —dijo—. Todo es una ilusión de tu mente.

Kirr abrió los ojos.

—¿Tú eres una ilusión?—preguntó.

—Soy una ilusión y no lo soy. Has visto una mujer y has creído que era una conocida tuya. Pero no soy Epphia.

Kirr avanzó un paso.

—Dime tu nombre —pidió.

—No tengo nombre, aunque puedes darme el que más te guste.

—Te llamaré… —Kirr titubeó unos segundos—. Sí, ya lo sé. Dryvía, que en nuestro idioma significa La-Más-Alta.

—El nombre me gusta —contestó ella—. También podrías llamarme de muchas otras formas, si me vieses en distintos aspectos.

—Puedes cambiar de apariencia.

—Sí. Ahora tengo ésta, porque sé que te recuerda a una mujer a la cual conociste tiempo atrás.

—Eso significa que has penetrado en mi mente.

—No es difícil para mí.

Dryvia movía los labios, pero Kirr no oía su voz, sino que la sentía en el interior de su cerebro. Dryvia, pensó, era una mujer de poderes infinitos.

—Mis poderes no son infinitos, aunque sí muy grandes —añadió ella—. Por eso te he salvado del ataque de las armas estruendosas.

Kirr recordó la caída de la nave, después de que algo hubiera hecho explotar el segundo proyectil antes de consumar su trayectoria.

—Has sido tú —adivinó.

—Sí.

—Este…, esta montaña te pertenece…

—Sí, es mía.

—¿Eres tú quien hace crecer las flores de la cumbre?

—Así es.

—Yo me llevé una hace tiempo…

—Te lo permití. También ahora puedes llevarte más flores. Todas las que quieras.

—Es extraño —observó Kirr—. Muchos subieron a la cima, pero ninguno llegó. Sus esqueletos blanquean en las laderas…

—Ninguno de ellos tenía la mente limpia. Todos querían una flor para satisfacer sus propias ambiciones.

—¿Y no era eso lo que yo quería también?

—Entregaste la semilla de la flor, pero supiste comprender lo que podía pasar a continuación y te negaste a complacer a la persona que te envió aquí. Porque sabía que sucedería, te dejé llegar a la cumbre y marchar imponerte obstáculos.

—Dryvia, tú adivinas el futuro.

—Hasta cierto punto. No soy omnipotente, pero sí poseo una grandísima experiencia y sé conocer a las personas…, aunque también podría equivocarme, como cualquier mortal.

Kirr respingó.

—¡Eres mortal!

Dryvia sonrió dulcemente.

—Lo soy, aunque tenga miles de años de edad y pueda vivir otro tanto —respondió—. Pero un día, inexorablemente, llegará mi hora.

—Comprendo —murmuró él—. Pero ¿cómo vives aquí?

—He logrado dominar mi cuerpo de tal forma, quesoy capaz de adoptar todas las apariencias posibles. Esto no se consigue sino a través de cientos de años de estudio y concentración absolutos… y cuando se logra, las cosas materiales pierden todo su valor. Si tú lo hicieras, un día acabarías por comprenderme plenamente.

—Quizá esa perspectiva no me agrade… Yo sólo deseo vivir una existencia normal, en paz con todos…

—Lo sé —sonrió ella—. Y. sé que lo conseguirás, aunque no te será fácil. Debes poner mucho empeño en ello y hacer que tus intenciones sean rectas. Eso te dará el triunfo.

—Dryvia, ahora me arrepiento de haber tomado la flor…

—Era necesario que lo hicieras. Si entonces te lo hubiese prohibido, habrías vivido en la duda. Ahora ya no dudas, creo.

—No, ahora ya sé por qué fui enviado a buscar la flor. Pero si me lo hubieras advertido…

—Hay cosas que un ser humano debe aprender por sí mismo. La persona que tomó la semilla de la flor, podría haber alcanzado el estado en que yo me hallo, pero prefirió el camino fácil. No supo ser paciente y pasar larguísimos años de concentración y estudio de sí misma. La semilla da casi todo lo que yo tengo.

Kirr se fijó especialmente en la palabra «casi».

—¿Qué le falta a ella? —preguntó. ,

Dryvia volvió a sonreír.

—Lo sabrás por ti mismo, aunque, desde luego, fue impaciente —contestó.

—Sobre eso no cabe la menor duda. Dryvia, dime, ¿vives siempre aquí?

—Sí, aunque, a veces, salgo convertida en una hilacha de vapor, en una gota de lluvia, en un copo de nieve, en un rayo de sol... Pero cada vez salgo menos; aquí tengo todo cuanto necesito y no pido ni quiero más.

Kirr paseó la vista por la desnuda oquedad. ¿De dónde procedían aquel agradable calorcillo, la luz y el oxígeno?

Dryvia adivinó sus pensamientos una vez más.

—Yo te doy todo —dijo.

—Sí, lo veo y te lo agradezco. Dryvia, los nativos deeste planeta no quieren que nadie coma la semilla de la flor...

—Hace cientos de años, un hombre, de potencia risica excepcional, consiguió llegar a la cumbre, por puro orgullo. Estaba tan desfallecido, pese a todo, que tuvo que comerse algunas flores. Eso le concedió un poder inmenso, cosa que se hizo pública entre los suyos, quienes, al fin, comprendiendo los perjuicios que un hombre de sus cualidades podía causarles, acabaron por darle muerte. Desde entonces, han prohibido que nadie suba a la cumbre.

—Sin contar contigo.

—Estoy de acuerdo con ellos.

—Tú no me impediste llegar a la cúspide...

—No lo impediré a nadie, pero quien coma una de esas semillas, habrá de atenerse a las consecuencias de su acción.

Kirr hizo un gesto de asentimiento.

—He comprendido plenamente —dijo.

## CAPITULO IX

Después de las últimas palabras, Kirr guardó silencio.

Sentíase invadido por una extraña euforia, que no era una alegría bárbara e irrefrenable, sino, simplemente, el júbilo de haber penetrado en la verdad. En aquellos momentos comprendió que, quienes le habían estado entrenando durante veinticinco años, habían cavado su propia fosa.

De pronto, Dryvia dijo:

—Te sientes cansado.

—Sí —admitió Kirr.

—Descansa aquí. Mañana podrás emprender el regreso.

—Gracias, pero quisiera pedirte un último Favor, Dryvia.

—Dime, Kirr.

—Te lo ruego... Dame tu mano...

Ella emitió una cálida sonrisa y levantó el brazo. Los dedos de Kirr rozaron la piel fina y aterciopelada de una mano de agradable tacto.

—Es todo lo que quería —murmuró.

Dryvia señaló un punto de la cueva.

—Duerme —dijo.

Kirr avanzó unos cuantos pasos. Realmente, se sentía muy fatigado.

Habían sido siete días de marcha incesante, con muy pocas horas de sueño en cada jornada. Se tendió en el suelo y cerró los ojos.

De pronto, notó que el pavimento se hacía blando y acogedor. Un agradable calorcillo invadió su cuerpo.

Luego se quedó dormido.

Dryvia no estaba por la mañana, cuando despertó. Kirr comprendió que la mujer —¿pero era realmente una mujer?— se había dado por

despedida la víspera.

Entraba algo de luz en la cueva. Kirr inspiró larga y profundamente durante media hora.

Mientras realizaba aquellos ejercicios, que consideraba necesarios para acumular oxígeno en su organismo, contempló la entrada de la cueva. No había puerta y, sin embargo, ni el frío ni los vientos del exterior pasaban de aquel punto.

Transcurridos treinta minutos, salió fuera.

Durante unos segundos, contempló la cima. Sintióse tentado de alcanzar la cúspide por segunda vez, pero venció a su orgullo y emprendió el descenso.

—Adiós, Dryvia —dijo mentalmente.
—Adiós, Kirr —contestó ella, desde algún punto que
a él le resultaba invisible. ,

Kirr aceleró el paso. Ahora marchaba cuesta abajo. En ocasiones, tenía que saltar a través de pasos difíciles o descolgarse por impresionantes paredones rocosos. Ningún obstáculo, sin embargo, era suficiente para detener su marcha.

De pronto, cuando ya llevaba una hora de camino, creyó oír un débil grito.

Asombrado, Kirr se detuvo. ¿Era una ilusión de sus sentidos?

El grito se repitió. Kirr se desvió en sentido lateral. De pronto, vio al hombre.

Estaba tendido en el suelo, al pie de una roca lisa, semejante a una lápida situada en posición vertical. Era joven, más o menos de su edad, y parecía hallarse en malas condiciones.

—Ayúdame —pidió.

Kirr se arrodilló a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Me he roto una pierna. No puedo caminar... y el oxígeno me falta...

—Es natural, estamos a casi catorce mil metros de altura.

—Yo he sido entrenado para subir incluso a veinte mil metros, sin necesidad de botellas de oxígeno —manifestó el herido sorprendentemente.

* * *

Aquellas palabras llamaron la atención de Kirr de una forma extraordinaria.

—Te han entrenado...

—Sí. Oye, quienquiera que seas, llévame a la llanura y te daré todo lo que me pidas. Oro, joyas, honores...

—Te llevaré, pero sin esperar ninguna recompensa, que no quiero —dijo Kirr—. ¿Cómo te llamas?

—Eudio. ¡Mi pierna! —se quejó de pronto el herido.

—Aquí es mala cosa. No hay árboles para cortar ramitas rectas que sirvan a modo de tablillas. Tendrás que aguantarte los dolores, Eudio.

—Lo intentaré. Vamos... cada vez me siento más afectado por la falta de oxígeno...

Kirr se inclinó para alzar a Eudio y cargarlo sobre los hombros. De súbito, vio algo que le dejó paralizado de asombro.

—¿Qué te pasa? —gritó el herido destempladamente—. ¡Vamos, llévame!

Los ojos de Kirr se entrecerraron.

—¿Quién te dio esa bolsa? —preguntó.

—Eso no te importa...

—Contesta o te dejaré aquí, para que mueras asfixiado y tus huesos blanqueen como los de otros locos, que habrás visto por el camino.

Eudio lanzó una maldición, pero acabó por ceder.

—Me , envió Iros—confesó.

—Iros —repitió Kirr.

—Lo conoces, ¿verdad?

—Sí.

Eudio dejó escapar una risita.

—Me entrenó secretamente durante años —explicó—. Luego dijo que viniera aquí, para coger una de esas flores que sólo crecen en la misma cumbre. Se la llevo, claro, porque me gusta cumplir mi palabra..., pero esun tonto si piensa que yo no tengo también derecho a comer una de esas semillas.

—Sí, claro, claro —murmuró Kirr.

—¡Podré vivir cientos, quizá miles de años... Y seré siempre joven y apuesto... ¡Maldita pierna! Mira que romperse cuando ya había iniciado el descenso... Anda, carga conmigo, Kirr.

—Está bien.

Kirr alzó a Eudio y lo colocó sobre sus hombros. El herido se quejó un par de veces y luego se esforzó por dominar el dolor,

Inmediatamente, emprendió el descenso. Ahora comprendía ciertas palabras que Iros había pronunciado, después de que él fuese a su cámara, una vez hubo roto con Thanna. También Iros quería convertirse en un ser de poderes casi infinitos.

Al cabo de un rato y con objeto de mejorar la posición de Eudio, se lo puso a horcajadas sobre los riñones. La fractura se había producido en la pierna derecha, bajo la rodilla. Por tanto, podía sostenerle también con las manos.

Eudio cruzó los brazos sobre su pecho. Mientras descendían, canturreaba viejas melodías. Eudio se sentía eufórico, triunfador, seguro de su victoria.

Al cabo de un rato, Eudio calló.

Kirr continuó la marcha. Eudio se habría dormido, supuso.

Transcurrió media hora. Kirr empezó a notar algo raro en aquel silencio tan prolongado de su compañero.

De pronto, tropezó ligeramente. Recobró el equilibrio sin

dificultad, pero bajó la vista de modo instintivo.

Un grito de horror brotó de sus labios. Las manos que se cruzaban sobre su pecho habían perdido la carne.

Kirr soltó hacia atrás el cuerpo de Eudio. Tambaleándose, retrocedió algunos pasos. Los dientes de Eudio asomaban en una macabra risa, asomando por la carne de sus facciones, que se disgregaba con espantosa rapidez.

En pocos minutos, sólo quedó un esqueleto, completamente mondo, de tétrica blancura. La bolsita que guardaba la flor aparecía ahora entre las costillas.

Al cabo de unos segundos, Kirr agarró la bolsita.

Rompió el cordón de un seco tirón. No lejos de aquel lugar había un colosal ventisquero.

La bolsita fue a parar al hielo. Sucesivas nevadas y tormentas harían que la bolsa quedase sumergida a decenas de metros bajo la capa helada. Aquel hielo se movería, la bolsa llegaría un día al fondo rocoso y ese movimiento la trituraría lentamente, hasta que bolsa y contenido se convirtiesen en polvillo.

Una voz muy lejana llegó a su mente:

—Has hecho bien, Kirr —dijo Dryvia.

El pecho de Kirr se dilató. Tras unos segundos de pausa, reanudó la marcha.

* * *

Sonaron algunos gritos. Svaia oyó las voces y abandonó la cabaña en que se alojaba.

Al fondo, entre algunos de los Dinls, divisó a Kirr, cansado, con barba de muchos días y las ropas destrozadas. Svaia sintió que algo golpeaba su pecho y corrió a encontrarse con el recién llegado.

—Kirr —murmuró.

Los recios brazos masculinos ciñeron su talle. Svaia apoyó la cabeza en el pecho de Kirr.

—Has vuelto —dijo.

—Sí, estoy aquí.

Neghosf llegó en aquel instante.

—Sabes cumplir tu palabra —exclamó.

—Nunca pretendí escapar.—respondió él.

—¿Has visto al espíritu? —preguntó Ephros.

—Sí.

—Habrás hablado con él, supongo. —Sí.

Los Dinls le contemplaron con temor supersticioso.

Algunos miraron instintivamente hacia la montaña.

—No temáis —dijo Kirr—. El espíritu no herirá a los que se portan rectamente.

—¿Has comido alguna semilla? —preguntó Neghosf.

—No. Y te aconsejo que no lo intentes, es decir, si un día te sientes con las fuerzas suficientes para subir hasta la cumbre. Hace cientos de años, un Dinl lo consiguió y volvió a su pueblo. Su gente acordó matarlo, para no quedar bajo la esclavitud que aquel hombre quería imponerle.

—Entonces, esa flor produce sentimientos perversos. .

—Así podría definirse. Neghosf, estoy cansado y tengo hambre —añadió el joven.

—Svaia, llévalo a tu cabaña y dale de comer —ordenó el jefe.

—Ven, Kirr —dijo la muchacha.

De pronto, Kirr pareció recordar algo.

—¿Os han atacado los hombres de Thanna? —preguntó.

—Nuestros exploradores han sostenido algunas escaramuzas sin

demasiada importancia. Hemos perdido cinco guerreros, pero ellos han sufrido muchas más bajas. Sin embargo, sabemos que están llegando refuerzos constantemente.

—Así pues, la situación es grave.

—Sí —admitió Neghosf sin rodeos.

De pronto, Kirr recordó algo.

—Una vez fui perseguido por unos guerreros que usaban hondas —dijo—. Las piedras pueden llegar más lejos que las lanzas. ¿Por qué no usáis las hondas?

—¿Crees que no lo hemos intentado? Pero, en la mayoría de las ocasiones, nuestros proyectiles son detenidos. Francamente, cada vez estamos más desalentados...

Kirr se fijó en la frente, de Neghosf.

—Estáis más protegidos de lo que piensas —dijo—. Vamos, Svaia.

Kirr estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Tendida frente a él, Svaia le escuchaba con religiosa atención.

Svaia se sentía maravillada por las aventuras que el joven le relataba. Cuando terminó, dijo:

—De modo que Thanna podría haber sido como Dryvia...

—Si hubiera sido lo suficientemente tenaz y pacientepara llegar a su estado, por medios propios, y no mediante el trasplante de cuerpos humanos y la ingestión de esa semilla.

—Comprendo. Kirr, dime, ¿qué mató a Eudio? —No lo sé muy bien. Tal vez la semilla no se debe comer en aquella altura... Es probable que ello acelerase su vida, haciéndola transcurrir en unos pocos minutos... Pero hay algo de lo que no cabe dudar, y es que no conviene comer esa semilla. Si' las intenciones son rectas desde el principio, entonces, a la larga, la mente se deforma, tú ya me entiendes.

—Sí —Svaia sonrió—. ¿Has comido bien, querido? —Estupendamente. —Kirr estiró los brazos—. Estoy muy cansado —manifestó.

—Yo velaré tu sueño —dijo ella. —Espera un momento. He estado

pensando en algo que me ha dicho Neghosf. —¿De qué se trata, Kirr?

—Algo detiene a los proyectiles que los Dinls disparan contra sus invasores. No cabe duda de que es la mente de Thanna. Bien, hemos de hacer lo necesario para contrarrestar su poder. —Bueno, tú dirás…

—Mientras duermo, di a Neghosf que ponga a sus guerreros a recoger todo el metal que puedan. Las mujeres deberán recoger hierbas secas, largas y fuertes. Eso es todo por ahora.

Svaia le miró extrañada, pero acabó por ponerse pn pie.

—Ahora mismo le hablaré.

Kirr se tendió sobre la sencilla estera que servía de lecho. Estiró los brazos un par de veces, bostezó y cerró los ojos.

Estaba muy cansado, pero se sentía satisfecho porque creía haber hallado el medio de triunfar sobre los pérfidos ataques de Thanna.

# CAPITULO X

Kirr contempló los "montones de metal que Neghosf había hecho acumular. Al cabo de unos momentos, agarró un trozo y buscó una piedra del tamaño de su puño.

Neghosf y unos cuantos le contemplaban con silencioso interés. Kirr fabricó una larga y delgada cinta de metal, parte de la cual sujetó fuertemente en torno a la piedra.

—Es preciso hacer miles de proyectiles como éste —dijo—. Y sin perder un solo minuto, créeme.

—Pero no entiendo...

—Lo sabrás cuando llegue el momento de combatir. Haz lo que te digo, por favor.

Neghosf asintió y se marchó. Kirr buscó luego a la muchacha.

—Ven, también tienes tu parte de trabajo —sonrió.

Había un gran montón de fibras largas y delgadas, completamente secas. Kirr empezó a trenzarlas, hasta que consiguió un rudimentario sombrero de ala ancha, que se colocó a continuación sobre la cabeza.

Svaia empezó a reír de inmediato.

—Estás ridículo —dijo—. Quítate eso ahora mismo...

—Protege de los rayos del sol, sobre todo a mediodía, en que resultan muy molestos —alegó él.

—Eso lo sabe aquí todo el mundo. Lo que pasa es que en las horas de calor fuerte, casi nadie se mueve, si no es por algo de verdadera necesidad.

—Lo sé perfectamente. Ahora bien, me parece recordar que hay alguien que se mueve a todas horas. Por necesidad, ya que se lo ordenan.'

—No entiendo...

—Los guerreros de Thanna, mujer.

—Oh, sí, ya comprendo. Pero ¿qué tiene que ver ese sombrero con los invasores?

—Es la otra arma que he ideado para combatir a esa mujer. Tú has visto cómo he trenzado yo las fibras. Ahora construirás un segundo sombrero, bajo mi dirección. Luego enseñarás a las mujeres Dinls. Es preciso fabricar unos cuantos sombreros... Cien mejor que cincuenta.

—Haré lo que dices, porque confío en ti. Y no debiera confiar —declaró ella sorprendentemente.

—¿Por qué?

—Tienes mucho éxito con las mujeres. Epphia y la propia Thanna podrían hablar mucho sobre el tema, si estuvieran presentes.

—En el primer caso, la culpa no fue mía. Epphia me hizo comer la fruta que produce la amnesia.

—Y en el segundo, Thanna te hipnotizó. ¡Menuda pájara!

Kirr sonrió. Svaia se mostraba celosa, lo cual le halagaba.

Svaia se mostró una buena discípula. Cuando Kirr le explicó el objeto de fabricar tantos sombreros, se sintió entusiasmada.

—Es una magnífica idea.

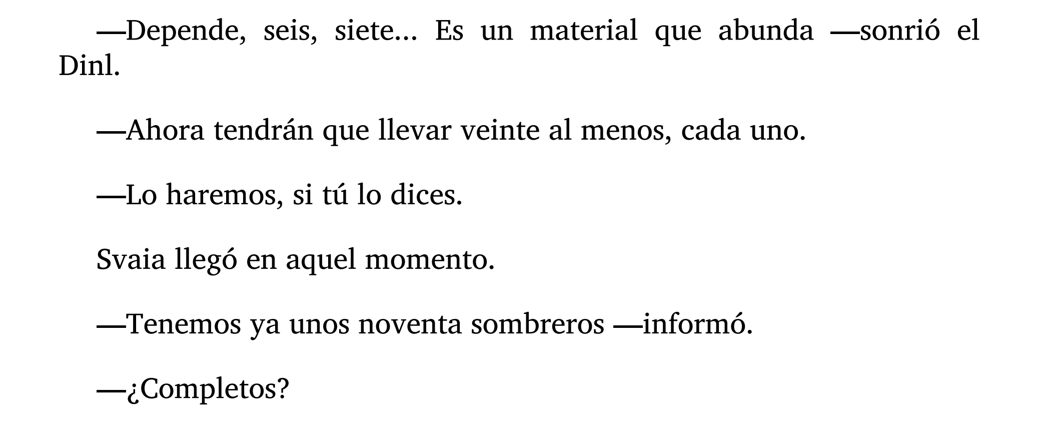
—Ahora tienes que enseñar a las Dinls. Yo haré otra cosa, mientras tanto.

Pero, aunque tenía fe en el triunfo, sentía cierta aprensión, porque, al mismo tiempo, preveía el inevitable enfrentamiento personal con Thanna y sabía que el duelo iba a resultar muy duro.

* * *

Una semana después, Neghosf, orgulloso, aunque no demasiado convencido todavía, le enseñó el resultado de su labor.

—Ordinariamente, ¿cuántas piedras lleva cada guerrero? —preguntó Kirr.



—Depende, seis, siete... Es un material que abunda —sonrió el Dinl.

—Ahora tendrán que llevar veinte al menos, cada uno.

—Lo haremos, si tú lo dices.

Svaia llegó en aquel momento.

—Tenemos ya unos noventa sombreros —informó.

—¿Completos?

—Sí, del todo.

—Entonces...

Un vivo chispazo se produjo de repente en la lejanía.

Kirr y sus acompañantes volvieron la cabeza. Una cosa que brillaba refulgentemente, descendía con gran lentitud al suelo.

—¡Ahí vienen! —gritó alguien.

—Neghosf, di a tus hombres que desplieguen en línea de combate, fuera del campamento. Cada uno con su honda y veinte piedras.

—Está bien.

—Kirr, los sombreros... —le recordó Svaia.

—Ahora no los necesitaremos. Eso queda para más adelante.

Las bajas sufridas en los combates habían reducido considerablemente el número de los Dinls. Sin embargo, aún quedaban varios centenares, dispuestos a pelear salvajemente por su libertad.

Minutos más tarde, los Dinls avanzaban al encuentro de sus adversarios.

* * *

Los dos bandos se encontraron poco más tarde, formados en dos

largas filas, situadas a unos cien pasos de distancia, en sendos frentes de casi mil metros dé amplitud. Una vez más, comprobó Kirr, los soldados de Thanna no llevaban casco.

Además, parecían bisoños, gente instruida apresuradamente. Quizá por lo mismo, había reinado cierta paz en el territorio durante aquellas semanas.

Alguien emitió una orden y los soldados alzaron sus pistolas disgregadoras. Entonces, cuatrocientas hondas dispararon otros tantos proyectiles.

Las piedras silbaron agudamente. Casi la mitad alcanzaron sus blancos. Ciento ochenta hombres rodaron por el suelo, aullando y gritando frenéticamente.

Los demás, desconcertados, vacilaron. Una segunda salva de piedras voló por los aires, causando terribles estragos entre los atacantes.

Habían desembarcado un millar. En un minuto, habían perdido casi una tercera parte de la fuerza.

Las hondas voltearon de nuevo. Cuando setenta u ochenta soldados más cayeron, con los cráneos hundidos, los pechos aplastados y las piernas rotas horriblemente, los demás, espantados, dieron media vuelta y huyeron a la carrera.

De pronto, parecieron tropezar con un muro invisible.

Los supervivientes se detuvieron, como capturados por una red que no se podía ver. Empujaban y golpeaban con los puños y los pies, pero no podían traspasar aquel obstáculo que sus ojos no podían divisar.

De repente, el muro invisible cedió.

Los soldados continuaron su frenética carrera. Atropelladamente, invadieron la nave, que se elevó a los pocos minutos.

Un cuarto de hora más tarde, los invasores habían desaparecido.

Kirr dio orden de atender a los heridos. Neghosf protestó airadamente. Quería rematar a los brudorianos.

—No te lo impediré, si ése es tu deseo —dijo Kirr—. Pero creo que no debes hacerlo. Aparte de que no son culpables de que les hayan

traído a guerrear contra vosotros, te conviene buscar aliados.

—Ellos no han nacido aquí. A fin de cuentas, una vez curados, pueden intentar combatirme de nuevo.

—Lo dudo mucho, sobre todo, cuando sepan la verdad. Recuerda lo que han hecho los supervivientes: no se han retirado para reagruparse y estudiar un nuevo plan de' combate, ¿verdad? Simplemente, han huido a Brudos. Allí contarán lo que ha sucedido... ¿Es que no lo comprendes, Neghosf?

El Dinl asintió.

—Lo comprendo, pero aguardo a que todo salga como tú dices. Si no es así, los prisioneros serán degollados.

Kirr puso una mano sobre el atezado hombro de Neghosf.

—Esto se acaba —dijo—. Thanna está en vísperas de sufrir su más absoluta y definitiva derrota.

—¿Cómo puedes predecirlo? —inquirió Svaia más tarde, cuando los dos se habían quedado solos.

—Es bien sencillo. Pese a las órdenes mentales que habían recibido, los soldados de Thanna se aterrorizaron al ver caer a cientos de sus compañeros. Huyeron, recuérdalo.

—Sí, y también recuerdo que algo les impedía escapar, pero que, de pronto, cedió y pudieron ganar la astronave.

—Exacto. ¿Te imaginas lo que fue?

Svaia sonrió, a la vez que nacía un gesto de asentimiento.

—Sí, me lo imagino... y pienso que ello le debe ocasionar un gasto de energía fabuloso.

—A fin de cuentas, ella lo quiso —respondió Kirr—. Si yo lo hubiera deseado, también habría podido comer la semilla de la flor, allá arriba en la cumbre.

—Pero prefieres seguir tal como eres.

—Sin duda alguna —contestó él sonriendo.

* * *

Los soldados avanzaban cansadamente, sudando bajo un sol que no era demasiado fuerte, pero para el que no tenían protección alguna. Finalmente vieron el bosque, lo alcanzaron y se tumbaron desmadejadamente en la sombra.

Al cabo de unos minutos, un soldado se alejó del grupo. Alguien le atacó en el más completo silencio, privándole del sentido con un par de golpes bien aplicados.

A continuación, Kirr le quitó su uniforme, que vistió sin vacilar. Luego, el soldado, en brazos de media docenade Dinls, atado convenientemente, fue transportado lejos de aquel lugar, en medio de un absoluto silencio.

El jefe de la patrulla notó más tarde la falta de uno de sus hombres. Terminó el recorrido de exploración y regresó para informar.

* * *

Pocos días después, la patrulla que recorría la llanura en busca de informes, se encontró de pronto con un soldado que protegía su cabeza por medio de un curioso sombrero.

. —Hola, amigos —saludó Kirr.

El jefe de la patrulla le miró con extrañeza.

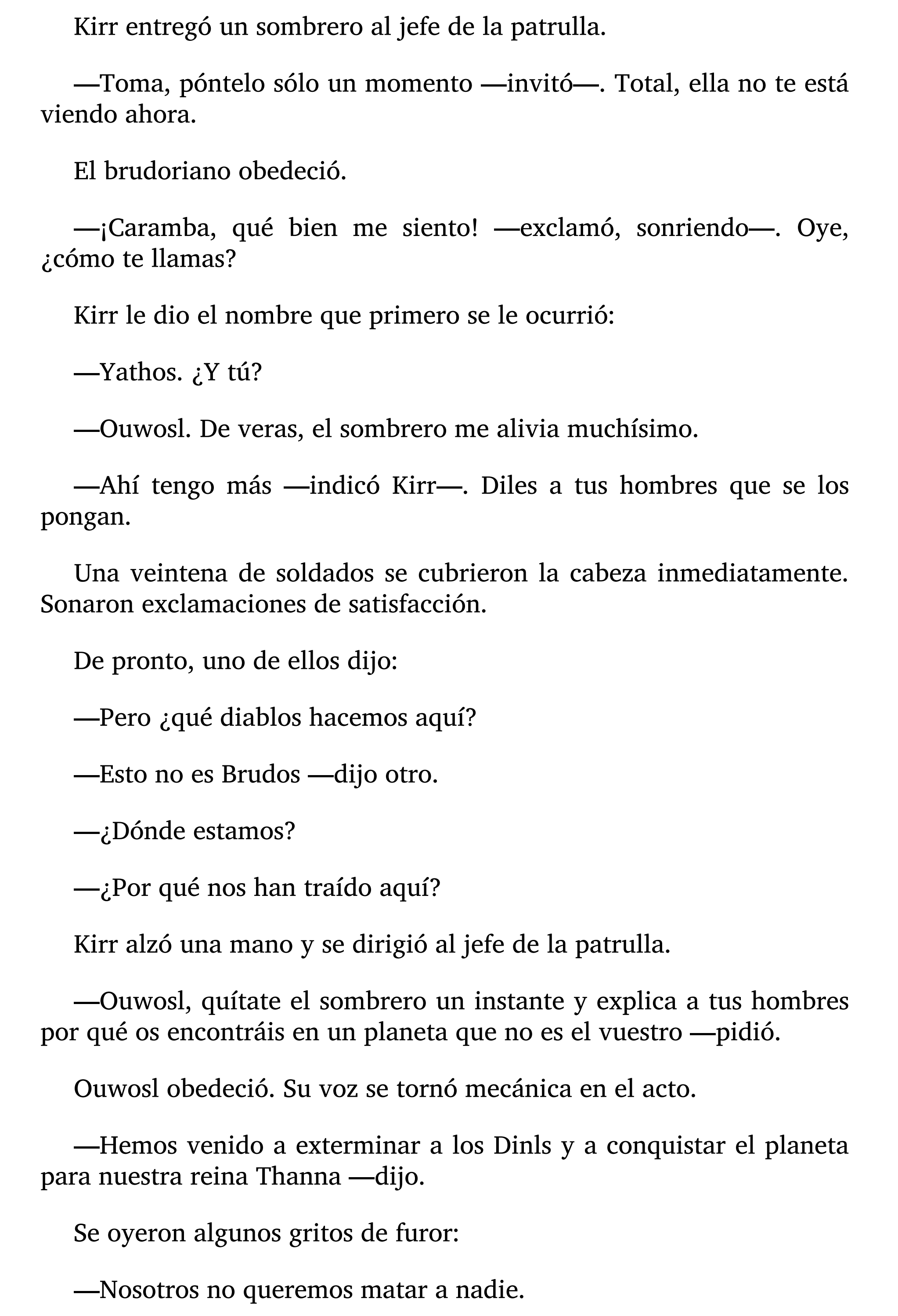
—¿Por qué llevas eso? —preguntó.

—Me protege del sol. Así me siento más cómodo.

—Thanna ha prohibido que llevemos nada sobre la cabeza.

—Eso es porque ella no tiene que patear el terreno —contestó Kirr desenvueltamente—. Si tuviese que pasarse horas y horas caminando sin cesar, con el sol abrasándole los sesos, pensaría de muy distinta manera.

—Ella puede pensar como quiera. Para eso es...



Kirr entregó un sombrero al jefe de la patrulla.

—Toma, póntelo sólo un momento —invitó—. Total, ella no te está viendo ahora.

El brudoriano obedeció.

—¡Caramba, qué bien me siento! —exclamó, sonriendo—. Oye, ¿cómo te llamas?

Kirr le dio el nombre que primero se le ocurrió:

—Yathos. ¿Y tú?

—Ouwosl. De veras, el sombrero me alivia muchísimo.

—Ahí tengo más —indicó Kirr—. Diles a tus hombres que se los pongan.

Una veintena de soldados se cubrieron la cabeza inmediatamente. Sonaron exclamaciones de satisfacción.

De pronto, uno de ellos dijo:

—Pero ¿qué diablos hacemos aquí?

—Esto no es Brudos —dijo otro.

—¿Dónde estamos?

—¿Por qué nos han traído aquí?

Kirr alzó una mano y se dirigió al jefe de la patrulla.

—Ouwosl, quítate el sombrero un instante y explica a tus hombres por qué os encontráis en un planeta que no es el vuestro —pidió.

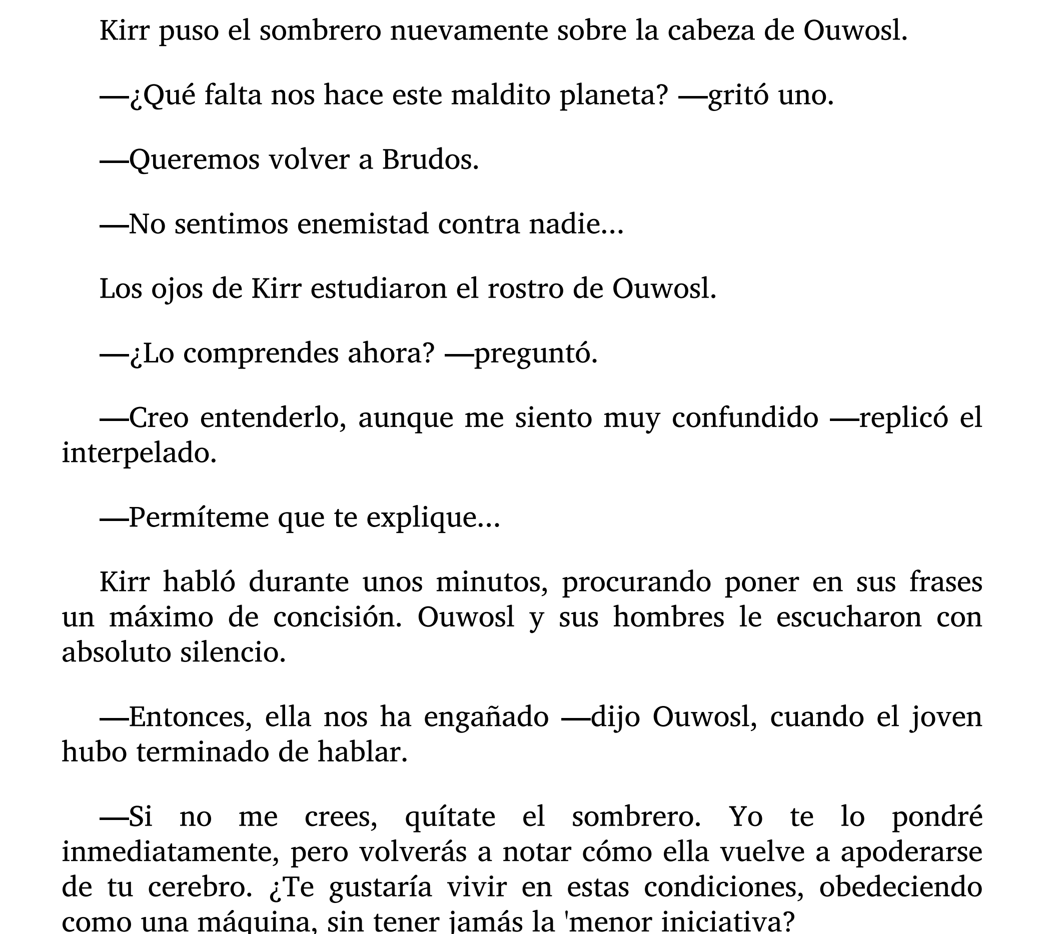
Ouwosl obedeció. Su voz se tornó mecánica en el acto.

—Hemos venido a exterminar a los Dinls y a conquistar el planeta para nuestra reina Thanna —dijo.

Se oyeron algunos gritos de furor:

—Nosotros no queremos matar a nadie.

—No queremos guerrear…



Kirr puso el sombrero nuevamente sobre la cabeza de Ouwosl.

—¿Qué falta nos hace este maldito planeta? —gritó uno.

—Queremos volver a Brudos.

—No sentimos enemistad contra nadie...

Los ojos de Kirr estudiaron el rostro de Ouwosl.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó.

—Creo entenderlo, aunque me siento muy confundido —replicó el interpelado.

—Permíteme que te explique...

Kirr habló durante unos minutos, procurando poner en sus frases un máximo de concisión. Ouwosl y sus hombres le escucharon con absoluto silencio.

—Entonces, ella nos ha engañado —dijo Ouwosl, cuando el joven hubo terminado de hablar.

—Si no me crees, quítate el sombrero. Yo te lo pondré inmediatamente, pero volverás a notar cómo ella vuelve a apoderarse de tu cerebro. ¿Te gustaría vivir en estas condiciones, obedeciendo como una máquina, sin tener jamás la 'menor iniciativa?

—No, no, nunca...

—En tal caso, vuelve a vuestro campamento y di que habéis visto un nutrido grupo de Dinls y que necesitáis refuerzos. Hay más sombreros para otros soldados, ¿comprendes?

Ouwosl le miró fijamente.

—Me estás proponiendo una rebelión —dijo.

Kirr recordó en aquel momento una frase pronunciada tiempo atrás y en la que había hecho una metáfora sobre la semilla y el árbol que crecería de ella. La semilla había fructificado y el árbol empezaba su crecimiento.

Esperaba que ese crecimiento fuese irresistible.

—Sí —contestó.

# CAPITULO XI

Oculto tras unos arbustos, Kirr contemplaba los movimientos que se producían en el campamento de los invasores. Al pie de la enorme astronave que los había transportado hasta allí, había una tienda abierta, bajo cuya protección descansaban Thanna y otro hombre.

Thanna, observó Kirr, tenía unas ojeras muy pronunciadas. Iros ofrecía mucho mejor aspecto.

Pero los dos estaban muy preocupados.

—Tienes que volver a Brudos —dijo Thanna de pronto.

El entrenamiento recibido por Kirr había desarrollado notablemente todos sus sentidos, incluido el del oído. Por tanto, aunque se hallaba a unos cien pasos, podía escuchar perfectamente el diálogo que se producía entre los dos personajes, a pesar de que hablaban en tono más bien bajo.

—¿Por qué? —preguntó Iros.

—El ataque fracasó. Los soldados huyeron miserablemente. Es preciso reclutar más gente, instruirlos y hacerles que vengan aquí.

—Thanna, ¿vas a confesarte vencida sólo porque unos centenares de salvajes se resistan?

—Hay alguien que les ayuda poderosamente —replicó ella—. Cuando los Dinls atacaron con sus hondas, yo traté de impedirlo con el poder de mi mente. ¿Sabes por qué fracasé?

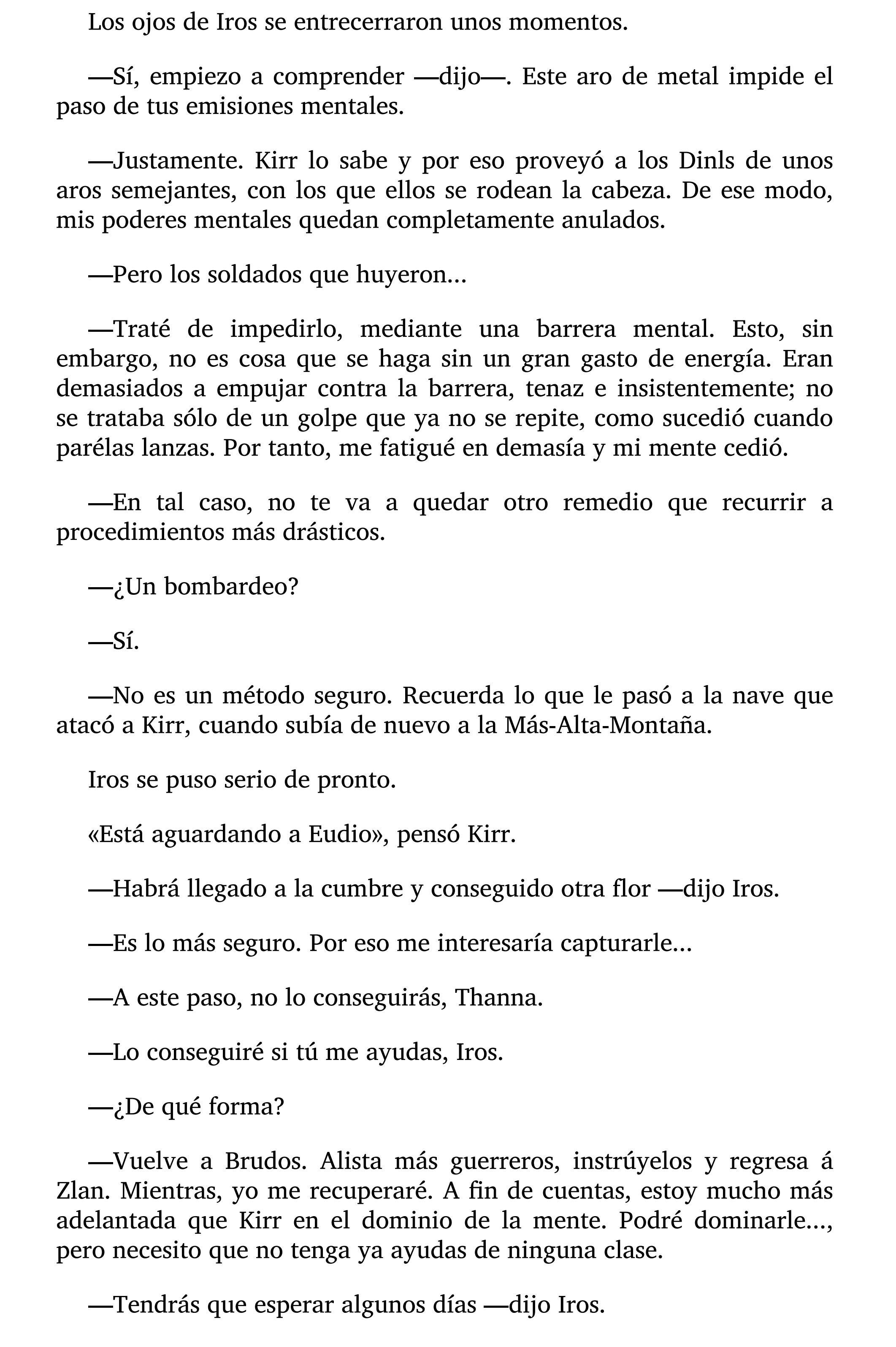
—Me extrañó, es cierto, pero…

Ella alargó la mano hacia una mesita que tenía al lado y tomo un objeto que entregó a su acompañante.

—Mira, ayer me lo trajo una patrulla de exploración —manifestó—. Dime, ¿qué ves en esa piedra?

—Hay una cinta de metal…

—Justamente. Iros, ¿es que no te imaginas por qué ordené a mis soldados que no llevasen casco?



Los ojos de Iros se entrecerraron unos momentos.

—Sí, empiezo a comprender —dijo—. Este aro de metal impide el paso de tus emisiones mentales.

—Justamente. Kirr lo sabe y por eso proveyó a los Dinls de unos aros semejantes, con los que ellos se rodean la cabeza. De ese modo, mis poderes mentales quedan completamente anulados.

—Pero los soldados que huyeron...

—Traté de impedirlo, mediante una barrera mental. Esto, sin embargo, no es cosa que se haga sin un gran gasto de energía. Eran demasiados a empujar contra la barrera, tenaz e insistentemente; no se trataba sólo de un golpe que ya no se repite, como sucedió cuando parélas lanzas. Por tanto, me fatigué en demasía y mi mente cedió.

—En tal caso, no te va a quedar otro remedio que recurrir a procedimientos más drásticos.

—¿Un bombardeo?

—Sí.

—No es un método seguro. Recuerda lo que le pasó a la nave que atacó a Kirr, cuando subía de nuevo a la Más-Alta-Montaña.

Iros se puso serio de pronto.

«Está aguardando a Eudio», pensó Kirr.

—Habrá llegado a la cumbre y conseguido otra flor —dijo Iros.

—Es lo más seguro. Por eso me interesaría capturarle...

—A este paso, no lo conseguirás, Thanna.

—Lo conseguiré si tú me ayudas, Iros.

—¿De qué forma?

—Vuelve a Brudos. Alista más guerreros, instrúyelos y regresa á Zlan. Mientras, yo me recuperaré. A fin de cuentas, estoy mucho más adelantada que Kirr en el dominio de la mente. Podré dominarle..., pero necesito que no tenga ya ayudas de ninguna clase.

—Tendrás que esperar algunos días —dijo Iros.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Esperamos la próxima nave de suministros. Tú necesitas ésta para tu alojamiento y el de tus soldados.

«Un tipo listo. Iros no quiere volver hasta que regrese Eudio», se dijo el joven.

Lo malo era que Eudio no regresaría jamás.

De pronto, un nutrido grupo de soldados apareció a la vista, surgiendo del bosque cercano.

—Eh, ¿qué llevan ésos en la cabeza? —exclamó Thanna.

Kirr sonrió.

Su treta empezaba a dar resultados. Más de cincuenta soldados volvían al campamento y todos ellos llevaban puestos aquellos sombreros, en cuyo interior había colocado Kirr un aro de metal, perfectamente disimulado, que impedía el paso de las emisiones mentales de Thanna.

Ouwosl marchaba al frente del grupo. Thanna se puso en pie.

—¿Por qué lleváis puestos esos sombreros? —preguntó—. Di orden de que nadie llevase cubierta la cabeza...

—Señora, el sol es muy fuerte y los soldados se fatigan —contestó Ouwosl.

—Un soldado debe obedecer siempre las órdenes que se le dan —exclamó ella coléricamente—. Quítate el sombrero, Ouwosl.

—No.

Thanna abrió la boca al oír aquella simple sílaba. Kirr comprendió que la mujer ignoraba aún lo que había en el interior de los sombreros, pero había reiterado su orden por mantener la disciplina.

—Obedece —intervino Iros.

Ouwosl meneó la cabeza.

—Ni yo, ni ninguno de mis hombres, nos quitaremos estos sombreros —declaró firmemente—. Obedeceremos a nuestra reina en lo que sea justo, pero no estamos dispuestos a que ella, ni nadie, se

adueñe de nuestras mentes y nos convierta en sus esclavos.

* * *

El árbol de la rebelión empezaba a dar sus frutos. Tanto Thanna como su primer ministro se sentían estupefactos.

Ouwosl había dicho algo que les parecía inconcebible. La estupefacción que sentían les había dejado incapaces de reaccionar por el momento.

De pronto, Thanna lanzó un agudo grito de rabia y se abalanzó sobre una pistola disgregadora que había sobre la mesa. Iros, rápido como el pensamiento, contuvo su gesto.

—Quieta —dijo.

—Tengo que castigar a ese insolente —dijo ella, con ojos que despedían llamas.

—Se te han sublevado —murmuró Iros—. Puedes matar a uno, pero no sabes cómo reaccionarían los demás. Ni el poder de tu mente sería bastante para frenar la trayectoria de un proyectil disgregador.

Thanna permaneció inmóvil unos segundos, mientras su pecho se agitaba tumultuosamente. Al fin, pareció serenarse.

—Está bien —dijo al cabo—. Podéis retiraros.

—Gracias, señora.

Ouwosl movió una mano y el pelotón se puso en movimiento. De súbito, Thanna agarró el sombrero de uno de los soldados que pasaban frente a la tienda.

Kirr comprendió en el acto el significado de aquel gesto. Pero ya no podía hacer nada para evitarlo.

Thanna examinó el interior del sombrero. Luego se lo tendió a Iros.

—¿Lo entiendes ahora?

—Sí.

—Eso es cosa de Kirr.

—No cabe la menor duda.

—Un hombre astuto —sonrió ella—. Lástima que no pueda tenerlo a mi lado. —Lanzó un hondo suspiro—. Él y yo dominaríamos al mundo, Iros.

—Sí puedes dominarlo sola, ¿para qué necesitas a Kirr?

Ella le miró de un modo extraño.

—Todavía le quiero —contestó. Arrojó el sombrero a su dueño y a continuación agregó—: Y es muy posible obligarle a volver a mi lado.
—¡Hum! —dudó Iros.

—Si tengo un poco de suerte..., volverá.

—Fías demasiado en las máquinas. Con Kirr te fallaron.

—Tal vez se omitió un dato en la computadora adecuada. De todos modos, en la conducta humana siempre hay una posibilidad mínima de error, cuando es calculada por una máquina.

—¿Crees que podrás corregir ese error?

—Tú ya conoces mis propósitos. Kirr volverá a mí —afirmó Thanna, absolutamente segura de cuanto afirmaba.

Y Kirr, por su parte, se quedó muy perplejo al oír a Thanna, porque se daba cuenta de que ella iba a añadir un nuevo elemento a la partida que estaban jugando y que le resultaba imposible adivinar sus planes.

Fuera como fuese, pensó, las ideas de Thanna no eran buenas.

* * *

Kirr continuó el resto del día en las inmediaciones del campamento. Quería continuar observando los movimientos de los invasores.

La inmovilidad no le afectaba. Podía dominar a su cuerpo en

determinadas circunstancias, ya lo había probado con dos ascensiones a la Más-Alta-Montaña, pero había algo que le era imposible: penetrar en la mente de Thanna.

De pronto, a media tarde, vio llegar un pelotón de soldados.

Los recién llegados no llevaban casco, lo cual significaba que obedecerían plenamente las órdenes de Thanna.

En el centro del pelotón, caminaba una mujer, con las manos atadas.

Kirr se sintió en el acto atacado por una cólera irrefrenable.

Las ropas de Svaia estaban desgarradas, de tal modo que su cuerpo aparecía casi completamente al descubierto. Estaba despeinada y tenía una señal morada enel pómulo izquierdo, lo cual significaba que su captura no se había logrado sin una lucha desesperada.

Durante unos segundos, Kirr sintió la irrefrenable tentación de intervenir, pero logró contenerse.

La presencia de Svaia en el campamento invasor, explicaba muchas cosas.

Ahora ya sabía cuál era el plan de Thanna. Pero prefirió oírselo a la propia interesada.

Se oyeron algunas voces. Thanna e Iros aparecieron en la explanada.

Thanna rio satisfecha.

—¡Bravo, Thjann! —exclamó—. Has conseguido tu objetivo.

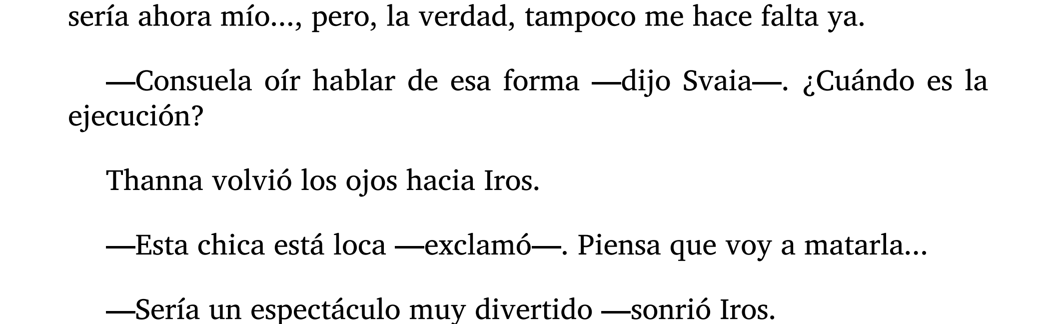
Thjann, jefe de la patrulla, se inclinó profundamente. —Tú me lo mandaste y yo he obedecido —contestó. Thanna se acercó a la muchacha. —Eres la hija de Sjinn —dijo. —Sí —contestó Svaia.

Thanna dio una vuelta completa en torno a la prisionera.

—Tienes un cuerpo hermoso —dijo, sonriendo.

Svaia no contesto. Thanna soltó una carcajada.

—No te ruborices —dijo—. A fin de cuentas, eres una mujer muy bonita… Lástima que tu padre te enviase aquí hace años; ese cuerpo



sería ahora mío…, pero, la verdad, tampoco me hace falta ya.

—Consuela oír hablar de esa forma —dijo Svaia—. ¿Cuándo es la ejecución?

Thanna volvió los ojos hacia Iros.

—Esta chica está loca —exclamó—. Piensa que voy a matarla...

—Sería un espectáculo muy divertido —sonrió Iros.

—Puede que lo haga, pero no ahora. Svaia, te necesito.

—No te prestaré mi ayuda...

—Oh, sí, ya lo creo que me ayudarás. Naturalmente, contra tu voluntad. Ya ves que te lo anticipo, sin intentar siquiera penetrar en tu mente.

Svaia se encogió de hombros.

—Soy tu prisionera —dijo con sencillez.



—En efecto, eres mi prisionera. Y gracias a ese pequeño detalle, Kirr volverá.

Thanna levantó una mano y gritó algo. Media docena de hombres corrieron en el acto, cargados con unos objetos de forma alargada, cuyo objeto no alcanzó a comprender Kirr en los primeros momentos.

En pocos minutos, aquella especie de vigas formaron como un patíbulo, de seis metros de altura. Dos hombres ataron sendas sosas a las muñecas de Svaia. Luego, la muchacha quedó colgada por los brazos, separados en ángulo de cuarenta y cinco grados y con los pies a un par de metros del suelo.

Thanna se situó frente a ella.

—Así estarás hasta que venga Kirr —dijo.

—Kirr no vendrá —contestó Svaia.

—Entonces, morirás ahí colgada. Y no será una muerte rápida, porque ya no comerás una pizca de alimento ni beberás una sola gota de agua.

# CAPITULO XII

Las horas fueron pasando lentamente. Kirr permanecía en el mismo sitio.

Por el momento, la situación de Svaia no le preocupaba demasiado. La muchacha llevaba años viviendo en Zlan. Sus músculos se habían endurecido.

Era una mujer fuerte y podía resistir todavía muchas horas.

Llegó la noche. Thanna e Iros desaparecieron, encaminándose a sus alojamientos en la nave. Junto al patíbulo, dos soldados montaban guardia, paseándose rítmicamente.

De pronto, Kirr sintió una voz en el interior de su cerebro:

—Ven a buscarme, Kirr. Quiero que estés a mi lado, quiero que se cumplan los vaticinios de las máquinas. Eres el nombre que necesito, pese a nuestras diferencias. Ven, o Svaia, que está en mi poder, morirá.

Kirr guardó «silencio».

Thanna insistió:

—Contéstame, Kirr. Te concedo el poder suficiente para darme una respuesta mental. Te he puesto a prueba numerosas veces. Aunque tú no lo creas, podía haberte matado, pero no lo hice. Sólo una vez perdí los estribos, cuando ordené que te bombardeasen, mientras subías a la Más-Alta-Montaña, pero me arrepentí en seguida. Pude darme cuenta de que tú también querías comer la semilla de la flor de la longevidad y la juventud... y lo has conseguido. Ahora, más que nunca, debes estar a mi lado. Juntos, dominaremos el universo.

Hubo otra corta pausa de silencio.

—Ya no repetiré más mi llamada —se despidió Thanna—. La decisión sobre la vida de Svaia queda ahora en tus manos.

Kirr siguió inmóvil.

Tres horas más tarde, los centinelas se sentaron en el suelo.

Kirr empezó a reptar.

Cada uno de sus movimientos era apenas un centímetro de avance. Pero no tenía prisa.

Svaia estaba en mala postura para saltar sobre ella, descolgarla de un tirón y escapar a la carrera. Podía hacer todo en fracciones de segundo, pero corría el riesgo de arrancarle un brazo.

«Será una solución pésima», se dijo.

Los cien metros fueron recorridos en un tiempo indescriptiblemente largo. Al fin, Kirr atacó.

Dos hombres fueron reducidos a la impotencia por medio de sendos golpes. Luego, Kirr se incorporó.

Svaia sonrió.

—Sabía que vendrías —dijo.

—He estado todo el día en las inmediaciones del campamento. Así me he enterado de muchas cosas.

Kirr se inclinó y arrancó una de las lanzas decorativas de manos de sus dueño. Con el brazo izquierdo, rodeó las piernas de Svaia, sosteniéndola firmemente. La mano derecha le sirvió para cortar sus ligaduras.

Cedió la primera cuerda. Al cortar la segunda, una lluvia de algo impalpable y húmedo cayó sobre ellos.

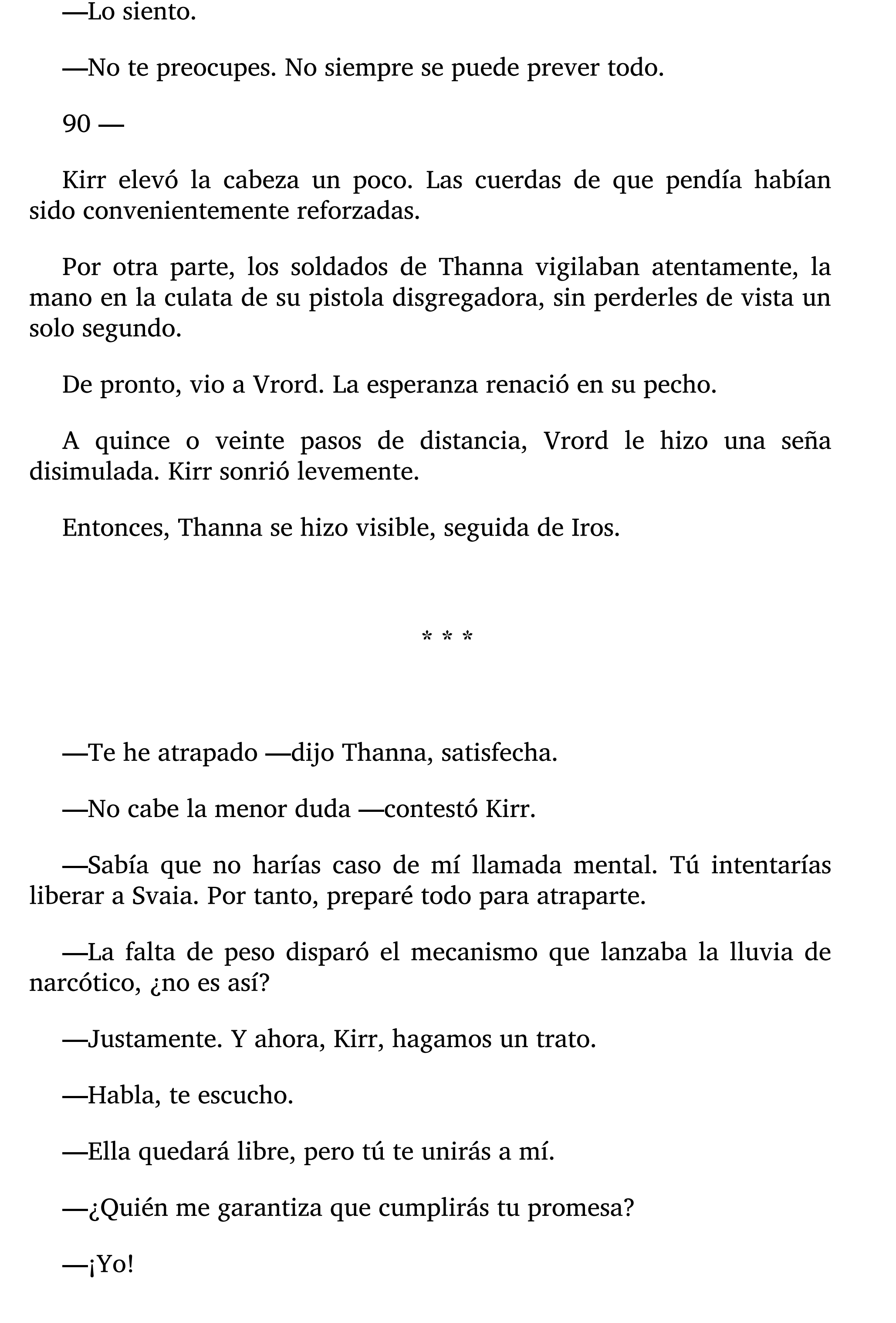
Demasiado tarde se dio cuenta Kirr de la trampa que Thanna les había tendido tan astutamente.

«Debía haber pensado que no sería tan tonta...».

Svaia escapó de sus brazos, repentinamente sin fuerza y rodó por el suelo, acercándose rápidamente a la inconsciencia. Kirr, mediante un esfuerzo poderoso, trató de alejar el narcótico de su cerebro, pero la droga era muy fuerte y le venció sin remisión.

Cuando despertó, era ya de día y estaba colgado del mismo patíbulo.

Svaia se hallaba frente a él. La muchacha sonrió.



—Nos han atrapado —dijo.

—Lo siento.

—No te preocupes. No siempre se puede prever todo.

90 —

Kirr elevó la cabeza un poco. Las cuerdas de que pendía habían sido convenientemente reforzadas.

Por otra parte, los soldados de Thanna vigilaban atentamente, la mano en la culata de su pistola disgregadora, sin perderles de vista un solo segundo.

De pronto, vio a Vrord. La esperanza renació en su pecho.

A quince o veinte pasos de distancia, Vrord le hizo una seña disimulada. Kirr sonrió levemente.

Entonces, Thanna se hizo visible, seguida de Iros.

* * *

—Te he atrapado —dijo Thanna, satisfecha.

—No cabe la menor duda —contestó Kirr.

—Sabía que no harías caso de mí llamada mental. Tú intentarías liberar a Svaia. Por tanto, preparé todo para atraparte.

—La falta de peso disparó el mecanismo que lanzaba la lluvia de narcótico, ¿no es así?

—Justamente. Y ahora, Kirr, hagamos un trato.

—Habla, te escucho.

—Ella quedará libre, pero tú te unirás a mí.

—¿Quién me garantiza que cumplirás tu promesa?

—¡Yo!

—Tu palabra no es de fiar, Thanna.

Ella enrojeció vivamente.

—Acabo de declararlo de una forma pública, delante de numerosos soldados que me escuchan. ¿Crees que podría desdecirme más adelante?

—Todos estos hombres te obedecen ciegamente, porque tú has dominado sus cerebros. Siguen bajo tu influjo, de modo que esa promesa no es válida.

—Kirr, soy sincera. No intentes trucos; no puedo permitir que sus mentes queden libres —dijo Thanna abruptamente.

—¿De verdad no hay ninguna mente libre en este lugar?

Ella se mordió los labios.

—Repito que soy sincera —dijo—. Además, ahora ya no te queda otro remedio que unirte a mí.

—¿Por qué?

—Has estado de nuevo en la Más-Alta-Montaña. Comiste una semilla...

—No, no quise hacerlo.

—Me gustaría creerte, Kirr.

—Como quieras, pero te he dicho la verdad. A propósito, si yo me uniera a ti, ¿qué sería de Iros?

El mencionado respingó.

—Continuaría en mi puesto, claro —exclamó.

—¿Seguro? ¿No intentarías algún día imponerte a nosotros?

—¡Kirr! ¿Qué estás diciendo? ¡Habla claro de una vez! —gritó Thanna—. Iros es un hombre leal...

—¿Leal? Entonces, ¿por qué envió a Eudio a la Más-Alta-Montaña? También tuvo a ese joven en entrenamientos semejantes a los míos, pero, además, en el más absoluto secreto. También Iros quería una semilla de esa flor.

Los ojos de Thanna brillaron de repente.

—Ahora comprendo por qué no querías volver a Brudos —dijo.

—¡Te miente! —gritó Iros—. Sólo busca provocar disensiones entre nosotros...

—Iros, Eudio murió —dijo Kirr.

Sobrevino un momento de silencio. Iros miró al joven y comprendió que éste había dicho la verdad.

La furia más absoluta invadió su mente. Eudio ya no regresaría con la semilla que le proporcionaría poder total, además de longevidad y juventud casi inagotables.

Su mano se movió bajo la túnica con que se cubría. Una pistola disgregadora apareció de repente, pero antes de que pudiera usarla, alguien se le anticipó.

Se oyó un fuerte chasquido. Una expresión de indescriptible horror apareció en el rostro de Iros durante una fracción de segundo. Luego, su cuerpo se desmoronó sangrientamente, hasta quedar convertido en un rojo montón de algo que ya no tenía figura humana.

Vrord avanzó un paso, con la pistola en la mano.

—He tenido que adelantarme a él, señora —dijo.

Thanna sonrió.

—Has hecho muy bien —aprobó—. Kirr, ¿es cierto que Iros había enviado a un hombre a la montaña?

—Sí, es cierto.

—Bien, entonces, merecía morir. Sólo yo y el hombre que para mí eligieron las máquinas podemos comer esa semilla. Aunque tú no lo has hecho, Kirr.

—No quise, Thanna.

—Yo te convenceré. Un día volverás a la montaña...

—No creo que puedas ordenarle eso —dijo Vrord de repente.

Thanna se sorprendió de aquellas palabras.

—¿Por qué dices eso? —exclamó.

—Por una razón muy sencilla: acabamos de sublevarnos y ya no eres nuestra reina.

* * *

—Nunca habíamos guerreado con nadie, por la sencilla razón de que jamás sentimos la necesidad de apoderarnos de las tierras o los bienes de otros —añadió Vrord, tras una corta pausa de silencio—, Sin embargo, tu ambición insaciable nos llevó a luchar contra quienes no nos habían causado el menor daño y, a consecuencia de ello, cientos de seres, Dinls y brudorianos, han muerto. Durante un tiempo, pudimos creer que lo que hacías era justo, pero eso sucedía solamente porque te habías adueñado de nuestras mentes. Ahora, al fin, somos libres, y no sólo en lo corporal, y no queremos que sigas gobernando.

Thanna tenía la boca abierta. El estupor, más que la ira, le impedía pronunciar una sola palabra.

—Bonito discurso, ¿eh? —comentó Kirr, desde lo alto del patíbulo —. Thanna, ¿previeron tus máquinas esta sublevación?

Las verdes pupilas de la mujer miraron al joven con furia infinita.

—Hay algo que no previeron —dijo—. ¿Te lo imaginas?

—Thanna, aún estás a tiempo. Ya no eres reina, pero puedes seguir viviendo. Hablé con el ser que mora en la Más-Alta-Montaña. Me dijo muchas cosas...

—¡No me importa lo que te dijera nadie! —gritó ella descompuestamente—. Tú vas a morir y también todoslos que me desobedecen. A pesar de la protección de vuestros aros de metal, puedo concentrarme y...

Thanna dio un par de pasos hacia atrás y se puso las manos en las Sienes.

Cerró los ojos. Todo su cuerpo vibraba agudamente, desde los pies a la cabeza. Su figura quedó envuelta en una especie de aura resplandeciente, que le confería un aspecto fantasmagórico.

Algunos soldados cayeron al suelo, aullando horrorosamente. Kirr sintió en su cerebro algo parecido a un dardo de fuego.

Pero era un fuego mortecino, que ya no daba calor.

Súbitamente, Thanna lanzó un grito.

Sonaron varias exclamaciones de asombro. Las manos de Thanna cayeron lacias a los costados.

En pocos minutos, sufrió una espeluznante transformación. Su cara y su cuerpo se cubrieron de horribles pliegues, de profundas arrugas, a la vez que la piel perdía su aterciopelada tersura. El pelo se hizo blanco y luego cayó en grandes mechones que fueron arrastrados por la brisa.

Las rodillas de Thanna se doblaron. Cayó al suelo.

Todavía se agitó un poco. Luego quedo inmóvil.

Un gran fragmento de piel se desprendió y voló como hoja seca. A los pocos minutos, sólo quedaba un esqueleto completamente limpio de carne, sobre el que se veían las prendas que habían cubierto un hermoso cuerpo, convertido en humo.

—Dryvia tenía razón —murmuró Kirr—. Ella no supo ser paciente ni, además, tampoco tenía caridad hacia los otros.

—¿Cómo dices? —preguntó Svaia.

—Usó sin medida del poder de su mente. Ella misma ha sido el origen de su propia consunción total.

Kirr tensó sus músculos y tiró de una de las cuerdas. Momentos después, ponía los pies en el suelo.

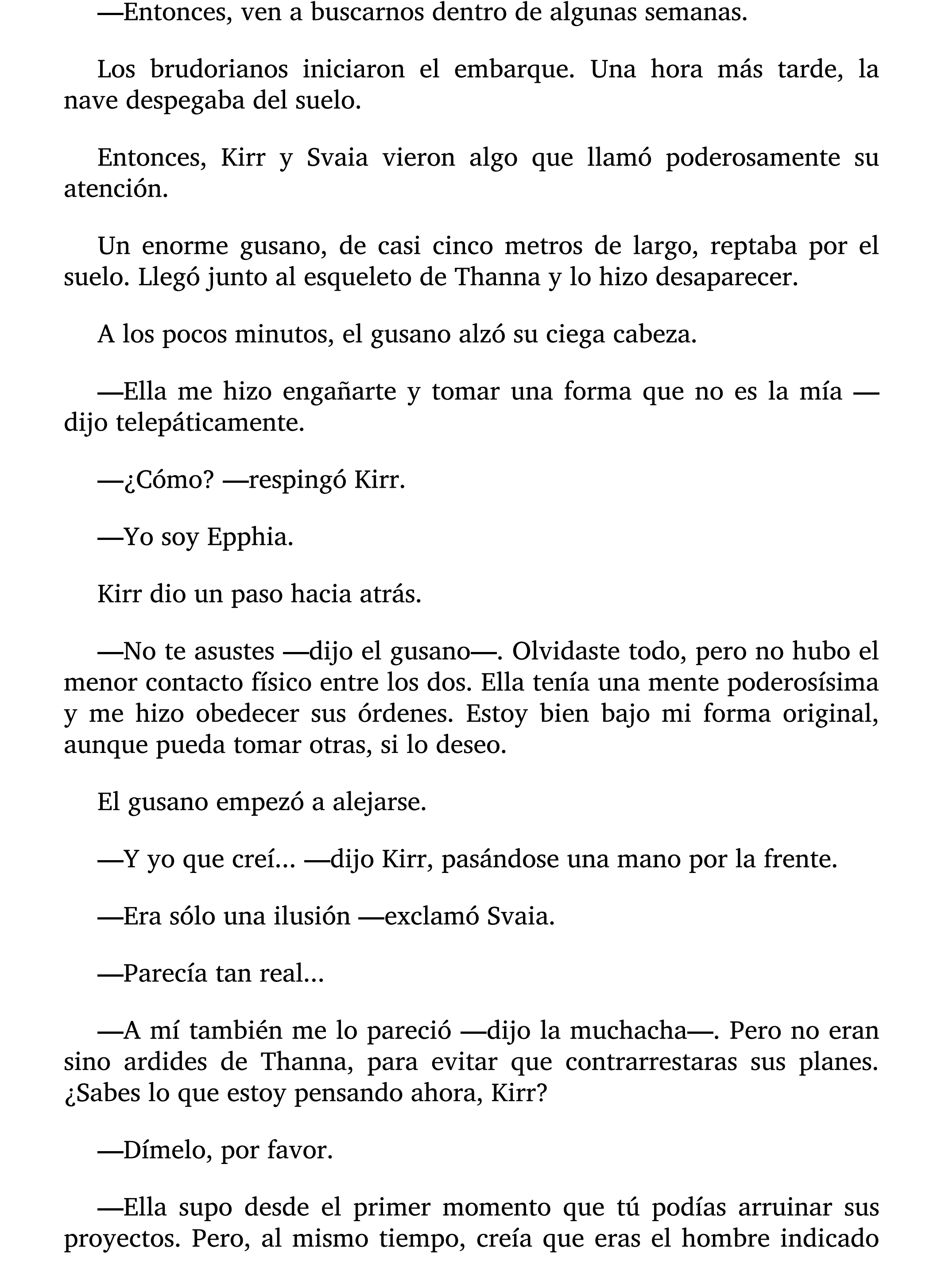
Svaia fue descolgada a continuación. Algunos de los que habían caído en el suelo seguían todavía sin conocimiento, pero la mayoría empezaban a levantarse.

—Ahora debemos volver a Brudos —dijo Vrord.

—Sí, os conviene —sonrió Kirr.

—¿Os quedáis?

Kirr volvió los ojos hacia la muchacha. —¿Qué dices tú, Svaia? —



Por una temporada —sonrió ella. —Ya lo has oído, Vrord.

—Volved pronto. Creo que os necesitaremos —dijo Vrord.

—Entonces, ven a buscarnos dentro de algunas semanas.

Los brudorianos iniciaron el embarque. Una hora más tarde, la nave despegaba del suelo.

Entonces, Kirr y Svaia vieron algo que llamó poderosamente su atención.

Un enorme gusano, de casi cinco metros de largo, reptaba por el suelo. Llegó junto al esqueleto de Thanna y lo hizo desaparecer.

A los pocos minutos, el gusano alzó su ciega cabeza.

—Ella me hizo engañarte y tomar una forma que no es la mía —dijo telepáticamente.

—¿Cómo? —respingó Kirr.

—Yo soy Epphia.

Kirr dio un paso hacia atrás.

—No te asustes —dijo el gusano—. Olvidaste todo, pero no hubo el menor contacto físico entre los dos. Ella tenía una mente poderosísima y me hizo obedecer sus órdenes. Estoy bien bajo mi forma original, aunque pueda tomar otras, si lo deseo.

El gusano empezó a alejarse.

—Y yo que creí… —dijo Kirr, pasándose una mano por la frente.

—Era sólo una ilusión —exclamó Svaia.

—Parecía tan real…

—A mí también me lo pareció —dijo la muchacha—. Pero no eran sino ardides de Thanna, para evitar que contrarrestaras sus planes. ¿Sabes lo que estoy pensando ahora, Kirr?

—Dímelo, por favor.

—Ella supo desde el primer momento que tú podías arruinar sus proyectos. Pero, al mismo tiempo, creía que eras el hombre indicado

para engendrar una raza de seres casi inmortales. Por eso quería tenerte constantemente apartado de su camino.

—Sea como fuere, hay una cosa que no tiene réplica:confió demasiado en las máquinas y eso la perdió finalmente.

Kirr agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—Vamos —dijo—. Neghosf y los suyos deben saber que ha vuelto la paz a Zlan.

—Sembraste una semilla y el árbol dio frutos —sonrió Svaia.

—Sí, los frutos de la paz y el amor —contestó él, con la vista puesta en el futuro, que se extendía ante ellos, anchuroso y apacible como la llanura en que se encontraban.

Al fondo, la Más-Alta-Montaña refulgía como una joya. De pronto, Kirr creyó ver un vivísimo chispazo.

Fue una visión que duró décimas de segundo. En aquel cortísimo espacio de tiempo, la cumbre de la montaña pareció convertirse en una gema de pureza absoluta.-

No vio nada más ni oyó ninguna voz, pero supo que Dryvia le enviaba un mensaje.

Y, junto a Svaia, conoció el significado del mensaje.

F I N